EL TEATRO
MODERNO



B. BJORNSON

LEONARDA

LEONARDA

EL TEATRO MODERNO

Director : LUIS URIARTE

Bjornsjerne Bjornson

LEONARDA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

PRENSA MODERNA

MADRID

AÑO VII 5 - IX - 1931 NÚM. 311

PERSONAJES

El Obispo, Cornelia, su hermana; *Hagbart,* su sobrino; la *Abuela, Leonarda Falk, Agat,* su sobrina; *el general Rosen, el presidente Rost, la señora de Rost, Pedersen,* apoderado de Leonarda; *Hans, una Criada.*

La acción en Noruega. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón; al fondo, puerta de dos hojas, abierta; a la izquierda, una mesa; mobiliario antiguo; a la derecha, una mesita escritorio, donde aparece Leonarda.

LEON. *(En traje de amazona, recogida la falda.)* Está visto; no puede salvarse nada.

PEDER. ¡Pero, señora!...

LEON. Nada, nada absolutamente; esa es la verdad. ¿Cómo quiere usted que yo venda los ladrillos quemados? ¿Y cuántos hay? ¿Dos hornadas, no es eso? Es decir, 2.400 ladrillos, o sea, al precio actual, 850 pesetas... ¿Qué quiere usted que yo le haga? ¿Que le despida?...

PEDER. Señora, es la primera vez que...

LEON. ¿La primera vez?... ¡Oh, no! Es decir, que los ladrillos se queman, sí; pero son ya muchas las veces que me hace cuentas falsas, y hasta el otro día me envió usted una factura equivocada. Pero ¿qué es lo que le pasa a usted?

HANS *(Entrando.)* Señora, el caballo está ensillado y el general viene por el paseo.

LEON. Está bien. *(Vase Hans.)* En fin, sepamos lo que le ocurre. ¿Es que se ha dado usted a la bebida? ¿Es que?...

PEDER. No, señora.

LEON. Lo sentiría por usted. Pues, entonces, ¿qué le pasa? Se lo pregunto por última vez. De poco tiempo a esta parte ha cambiado usted de tal modo que está usted desconocido. Pedersen, ¿será acaso?... ¡Ah! Espere usted; ayer tarde le vi volver en lancha...; salía usted del bosque... ¿Esta-

rá usted por ventura enamorado? *(Pedersen se vuelve de espaldas y baja la cabeza. Pausa.)* Entonces está explicado todo... ¿Y un amor desgraciado, seguramente? *(Se acerca a él y le pone la mano sobre el hombro.)* ¿Pero ella le ha dado su palabra?

PEDER. *(En voz baja.)* Sí.

LEON. ¿Pues entonces?... ¿O es que no le seguirá queriendo? *(Inclinándose más sobre él.)* Sí, sí, es eso, ¿verdad? Y a pesar de todo, usted sigue amándola. *(Se separa de él y se pone los guantes.)* Pues yo le creía con más valor, Pedersen. No comprendo cómo se puede amar a la persona que nos ha engañado. Que se sufra, que se sufra horriblemente, sea ; eso lo comprendo ; pero amarla..., jamás.

PEDER. *(Siempre de espaldas y en voz baja.)* Nadie puede hablar de lo que no ha pasado, señora.

LEON. ¿No? ¡Qué sabe usted! Venga usted a buscarme esta tarde a las siete.

PEDER. Sí, señora.

LEON. Seguiremos hablando... Por otra parte, podremos salir.

PEDER. Gracias, señora.

LEON. No sé ; pero me figuro que he de poder hacer algo en su provecho, y por consiguiente, no vuelva a acordarse de lo que le he dicho antes ; perdóneme usted. *(Le tiende la mano, que besa Pedersen.)*

PEDER. ¡Oh, señora!...

GENE. *(Entrando.)* Buenos días, mi querida señora ; buenos días. *(Pepersen se dispone a retirarse.)* Pero, diantre, Pedersen..., se diría que se iba usted a poner malo... ¿Es que?... *(Pedersen se va.)* La felicito, señora ; ya veo que estaba usted ocupada a estas horas en confesar ; y en un día tan hermoso como el de hoy, es un celo que la enaltece, querida. Y a propósito, ¿ha recibido usted carta de Agat?

LEON. *(Poniéndose el sombrero.)* No, y en verdad que me tiene preocupada. Hace ya quince días que no sé nada de ella.

GENE. Pues ella se estará divirtiendo a estas horas y nada más. También me acuerdo yo de aquellos tiempos en que me divertía y no tenía un momento libre para escribir.

LEON. *(Dirigiéndole una mirada.)* Y a propósito de diversiones, me parece que ayer tarde se desquitaría usted con creces, ¿eh?

GENE. ¿Es que se me ha conocido? No obstante, yo creí que después del baño y el paseo a caballo...

LEON. No, lo que es esta vez no le perdono.

GENE. Sin embargo, usted debía saber que yo no tengo más que dos sitios, y cuando no estoy aquí, es que estoy en el círculo.

LEON. ¿Y es que no puede usted ir al círculo sin dejar de libar? ¡Oh! ¡Qué bonito! *(Haciendo un gesto de desprecio.)*

GENE. ¿Y es culpa mía, acaso? Los que faltan son los que siempre nos echan una copa de más.

LEON. ¿Una? ¡Diga usted tres, vaya!

GENE. Como usted quiera; ya sabe que en cuestión de números no me gusta discutir.

LEON. De todos modos..., ya puede usted pasearse solo a caballo esta mañana.

GENE. ¡Cómo! ¿Acaso quiere usted?...

LEON. ¡Ya lo creo! ¿Cree usted que yo consentiré en salir a caballo con un hombre que estaba anoche borracho en el círculo? *(Se quita el sombrero y llama:)* ¡Hans! *(Se oye responder dentro a Hans, que a poco se presenta en escena.)* Meta usted el caballo en la cuadra hasta que yo le avise. *(Vase Hans.)*

GENE. ¿Lo hace usted para castigarme? Pero, mi querida señora, ¡si es usted misma la que se castiga, recluyéndose aquí con un tiempo tan hermoso como el que hace, y también *(Con galantería.)* esa infeliz naturaleza, a quien priva usted del placer de contemplarla!

LEON. Pero ¿cuándo va a tener usted formalidad?

GENE. Nunca, o por lo menos hasta el día en que usted me necesite.

LEON. ¿Luego entonces viene usted a verme con la esperanza de que me vuelva desgraciada? Pues bien,

mi querido general, dicho aquí, entre nosotros, me parece que tiene usted tiempo de esperar largo y tendido. *(Se dirige a su escritorio.)*

GENE. El mismo que usted, señora; fíjese usted bien que yo he dicho: «el día en que usted me necesite». Y en espera de ese día vengo siempre...

LEON. Sí, hasta que llegue de América la orden llamándole allí.

GENE. Eso es; hasta que Shermann me envíe a llamar. *(Pausa.)*

LEON. *(A quemarropa.)* ¿Y no la ha recibido usted todavía?

GENE. No.

LEON. Esto empieza a parecerme algo oscuro. ¿Hace mucho tiempo que le hice que escribiera?

GENE. ¡Diablo! ¡Pues no me acuerdo!

LEON. ¡Pero, calle, qué idea!

GENE. ¿Qué?

LEON. ¿Usted ha llegado a escribir?

GENE. Naturalmente que he escrito. ¿Es que no hago siempre lo que usted me dice?

LEON. Sí; pero la forma de sus respuestas, su aire preocupado... Aquí se encierra algún misterio.

GENE. ¡Cómo! ¿Acaso sospecharía usted?...

LEON. *(Recalcando las sílabas.)* Usted no ha es-cri-to. ¡Y yo que no me he dado cuenta de nada!... ¡Esto sí que es grave y raro!

GENE. ¡Pero si he escrito, se lo aseguro; he escrito muchas veces!

LEON. Sí; pero nunca a Shermann. Usted no ha pedido sus pasaportes.

GENE. *(Sacando la petaca.)* Y a propósito. ¿Se acuerda usted de aquellos cigarrillos rusos de que tantas veces le he hablado? Pues acabo de recibirlos. *(Le ofrece uno.)*

LEON. ¡Pero usted no tiene vergüenza!

GENE. ¡Si hago todo lo que usted quiere!

LEON. ¡Ya se ve! Desde hace dos meses me está usted hablando incesantemente de marcha, representando una comedia insensata. ¡Usted, un militar que en la guerra de sucesión llegó a adquirir por su valor una gloria y una jerarquía envidiables, una

posición magnífica, querer echarlo todo a rodar por esas tonterías..., sin hablar de lo demás!... ¡Y así se ha pasado un año!

GENE. Perdone usted, querida señora; ocho meses apenas.

LEON. ¿Y le parece a usted poco?

GENE. Lo confieso; además, mejor que nadie sabe usted por qué lo he hecho.

LEON. Pero ¿le he pedido yo que venga? ¿Acaso cree usted cansarme y obligarme por fin a ceder?

GENE. ¡Leonarda! *(Leonarda le dirige una mirada. El general se inclina respetuosamente.)* Perdone usted, señora.

LEON. Y ahora siéntese usted aquí y escriba una carta pidiendo sus pasaportes.

GENE. Estoy a sus órdenes, señora.

LEON. Y yo misma la echaré al correo.

GENE. No puede usted ser más amable.

LEON. *(Aparte.)* No le produce la menor impresión. *(Alto.)* Otra vez se ríe usted con disimulo... Pero, vamos a ver, ¿qué trama usted?

GENE. ¿Yo? *(Con tranquilidad.)* ¿Es aquí donde he de escribir? *(Se dirige a la mesa escritorio.)*

LEON. Sí. *(El general coge la pluma.)* ¡Pero anda, anda, ya caigo! Cuando regrese usted a su casa volverá a escribir para pedir que no hagan caso de ésta.

GENE. Usted lo ha dicho.

LEON. ¡Ya, ya! *(Se sienta.)* Pues nada, renuncio.

GENE. Vamos, muchas gracias, y... ¿quiere usted un cigarrillo? *(Ofreciéndoselo. Leonarda hace un signo negativo.)* ¿Y nuestro paseo a caballo? ¿Salimos?

LEON. *(Con sequedad.)* Gracias.

GENE. ¿Y... me recibirá esta noche?

LEON. Tengo muchos invitados.

GENE. ¿Pero saldrá usted mañana por la mañana?

LEON. No lo sé.

GENE. Entonces me permitirá que vuelva a verla para que me diga lo que piensa. Adiós, señora, hasta la vista.

LEON. *(Se levanta, se dispone a salir y ve alguna cosa.)* ¡Ah! Alguien está en la puerta de entrada. *(Se levanta.)*

GENE. ¿Quién? *(Volviéndose.)* ¿Eh? ¿Y cómo se atreve a venir aquí? *(Mirando por la ventana.)* ¡Diablo! ¡Hans! *(Le habla por la ventana.)* ¿Pero no ves que mi caballo se ha soltado? Vamos a ver... *(Volviendo.)* Excúseme usted, se lo ruego. *(Pasa vivamente por delante de Hagbart, que acaba de entrar, y que se inclina y lo saluda, y se va.)* ¡Eh! ¡Hans!

HAGB. Señora... *(Se detiene.)*

LEON. ¿Me permite usted preguntarle a quién tengo el honor...?

HAGB. ¿No me conoce usted?

LEON. No.

HAGB. Soy Hagbart Tallhaug.

LEON. ¿Y es usted el que viene a decírmelo..., sonriente?

HAGB. Le pido mil perdones; pero... déjeme usted que le explique...

LEON. ¿Y se atreve usted a venir aquí?

HAGB. Escúcheme usted, se lo ruego; dos palabras...

LEON. Ni una más... A menos que yo no me equivoque... ¿Es usted mismo?

HAGB. Sí, yo soy.

LEON. ¿De modo que es usted el que estaba el otro día en el concierto y el que, cuando entré con mi sobrina, se permitió tratarme de «mujer equívoca»? ¿Verdad que es usted?

HAGB. Sí, señora; y yo...

LEON. *(Vivamente y con mal reprimida cólera.)* ¡Salga usted, caballero; salga usted de aquí! ¡Hans! *(Llamando. Se oye desde fuera a Hans, que contesta:* Aquí estoy, señora; ya voy.)

HAGB. Señora, se lo suplico; una palabra... *(Entra en escena Hans.)*

LEON. Hans, acompañe usted al señor hasta la puerta.

HANS Está bien.

HAGB. Un momento...

HANS *(Mirando a Leonarda.)* ¿Debo...?

HAGB. *(Con emoción.)* Señora, se trata de su sobrina.

LEON. ¿De Agat? ¿Le ha ocurrido algo? ¿Sabe usted alguna cosa? No he tenido carta suya.

HAGB. Hans, espere usted.

HANS Señora, ¿debo...?

LEON. Sí, sí, déjenos usted. *(Vase Hans.)* ¿Y decía usted?...

HAGB. ¡Oh! Nada grave; tranquilícese.

LEON. Pero ¿cómo viene usted aquí de parte de Agat?

HAGB. Ya sabe usted, señora, que es muy difícil pasar inadvertida en una playa como la en que se halla actualmente la señorita Agat; debo confesarla, por otra parte, que su sobrina ha hecho todo lo posible para ello; empezó por demostrarme su desdén y desprecio; pero no ha podido impedirme que hablase con las personas con quienes charlaba diariamente, ni encontrarme donde ella se encontraba, y sin pensar..., sin querer..., ha oído hablar de mí, me ha visto y... me ha hablado.

LEON. ¿A usted?

HAGB. Sí, señora. ¿De qué serviría el negarlo? Sí, me ha hablado, y muchas veces, por cierto.

LEON. ¿Y a qué obedece su visita a esta casa?

HAGB. Perdóneme usted; pero...

LEON. Le ruego que hable con claridad y brevemente; al asunto.

HAGB. Sin embargo, es necesario que le explique...

LEON. No hay necesidad de ninguna explicación por su parte, caballero; no quiero que pueda repetir que yo también le he hablado.

HAGB. Como usted quiera. Pues bien, señora; estoy locamente enamorado de su sobrina.

LEON. ¿Usted enamorado de Agat? *(Riendo.)* ¡Ja, ja, ja! Como castigo ya lo es, y duro.

HAGB. Lo reconozco, y...

LEON. ¡Ja, ja, ja! ¿De modo que enamorado de mi sobrina? ¡Ja, ja, ja! ¿Y qué más? ¿Le ha dicho usted a Agat que la amaba?

HAGB. Sí, señora.

LEON. ¿Y ella le ha respondido?... *(Pausa, y luego, burlona.)* ¡Hola! ¿Se calla usted? ¿Tan duro es de confesar lo que le ha respondido?

HAGB. Tengo una verdadera satisfacción al verla de tan buen humor, señora.

LEON. ¡Ja, ja, ja! ¡Por vida mía, que la cosa tiene gracia! Pero, en fin, ¿qué es lo que le ha con-

testado? Porque yo la conozco bien y no habrá quedado ahí la respuesta.

HAGB. *(Con aire indiferente.)* Indudablemente. Y... hemos viajado juntos en el mismo barco y...

LEON. ¿Juntos? ¿Agat y usted? Pero entonces es una persecución en toda regla lo que usted ha organizado.

HAGB. No puede usted comprender nada si yo no se lo explico.

LEON. Mi sobrina me dará ella misma la explicación, indudablemente, puesto que no tardará en venir.

HAGB. Por supuesto.

LEON. En cuanto a continuar su comedia aquí, en mi casa, jamás; si a usted le agrada perseguir a mi sobrina con su amor como me ha perseguido a mí con su desprecio, lo que mejor le parezca; pero aquí, en mi casa, se lo repito, jamás.

HAGB. Señora, yo le suplico...

LEON. ¡Oh! Mucho cuidado, ¿eh?, porque empiezo a perder la paciencia, o, mejor dicho, ya hace rato que la he perdido. Porque, en fin, ¿qué es lo que viene a hacer aquí?

HAGB. Dios mío, señora, ya le he dicho que..., o, mejor dicho..., o si no, puesto que usted lo quiere, iré directamente al grano. Señora, he venido aquí para pedirle la mano de su sobrina.

LEON. *(Que acaba de quitarse los guantes, avanza hacia él lentamente, y con cólera mal reprimida.)* Si yo fuese hombre, para que estuviera usted seguro esta vez de que la respuesta no es «equívoca», le abofetearía como a un lacayo.

HAGB. *(Con mucha dulzura.)* Pero usted es una mujer y no hará eso.

HANS *(Entrando.)* Señora. ¡La señorita Agat acaba de llegar!

AGAT *(Fuera.)* ¡Tía, tía!

LEON. ¡Agat!

AGAT *(Con viveza.)* ¡Tía, tía mía! ¡Oh! ¿Querrás creer?... ¡Ese bandido de Hans!... Yo le hacía señas; quería darte una sorpresa... ¡Tía mía! *(Se arroja en sus brazos.)*

LEON. ¡Ay, Agat! ¡Si supieras lo que me has hecho

sufrir ! *(La abraza y se besan.)* ¡ Oh, perdóname ! Pero, ya ves, he tenido un momento de duda horrible ; me creía... ; pero no, ahora veo que me había engañado, lo vi desde que entraste... Ea, no pensemos más en ello... ¿Y tú, estás bien? ¡ Ven aquí ! ¡ Cómo has crecido ! Estás hecha ya una hermosa mujer.

AGAT ¡ Oh, tía !

LEON. ¿Qué?

AGAT ¿Lo sabes todo?

LEON. ¿Esa persecución insolente que se ha permitido? Sí ; pero... *(Durante ese tiempo ha desaparecido Hagbart.)*

AGAT ¡ Chis ! *(Se vuelve.)* No ; se ha marchado... ¿Y tú has sido mala con él?

LEON. No tanto como se merecía.

AGAT El caso es que yo le había prevenido.

LEON. ¿Prevenido de qué?

AGAT Pues... de tu carácter..., de que eras viva de genio, impulsiva... Vamos, vamos a ver : ¿has sido verdaderamente mala para con él?

LEON. ¿Es que vas a tener ahora piedad de ese hombre?

AGAT ¿Piedad de él?... Pero, pasando a otra cosa, ¿no te ha dicho nada?

LEON. ¿Sobre qué?

AGAT Pues que él..., que yo..., que nosotros... Pero, tía, ¿por qué me miras así? ¿Luego no sabes nada?

LEON. Nada, nada.

AGAT ¡ Misericordia divina ! ¡ Yo que creía que él !... ¡ Pero, tía !...

LEON. Confío en que al menos tú...

AGAT Sí, sí. Precisamente es lo que...

LEON. Es decir, que a pesar de lo ocurrido, tú has osado... ¡ Oh ! Vete, vete.

AGAT *(Cayendo de rodillas.)* ¡ Oh, tía, escúchame, te lo lo suplico, tiíta de mi corazón.

LEON. ¡ Vuelve a su lado !... ¡ Déjame !

AGAT ¿Pero tú le has escuchado? ¿Le has visto, simplemente? ¿Sabes lo guapo que es, lo bueno y lo...?

LEON. No ; eso me faltaba ahora, que yo lo encontrase

adorable, ¿no te parece? Vamos, vamos, cállate. Para mí es el hombre que se atrevió un día a hacer de mí la irrisión de toda la población, a tratarme públicamente de mujer «equívoca». Y cuando ese hombre tiene la audacia de presentarse en mi casa como el prometido de mi sobrina, se extraña, con la mayor naturalidad, de que abandone mi carácter y que encuentre todo esto demasiado violento. ¡Ah, ingrata niña!

AGAT (*Suplicante.*) ¡Oh, tía!

LEON. Sí, niña ingrata, por quien yo he sacrificado ocho años de mi vida en este desierto perdido, privándome de todo. Y apenas me dejó fué para correr a los brazos del que me lanzó al rostro su desprecio y sus mentiras. ¡Y aun se quiere que encuentre yo todo esto como la cosa más natural del mundo! Yo debería encontrarlo arrogante, gentil, amable. ¡Y eres tú, tú la que pretendes eso! Vete, vete, no te quiero ver más.

AGAT (*Llorando.*) ¿Y crees tú que eso mismo no me lo he dicho yo, que no me lo he repetido veinte veces? Pero ¿por qué, sino por eso, no te he escrito yo en tanto tiempo? ¡Oh! ¡Si supieras lo que he batallado yo también! ¡Si supieras lo que he sufrido!

LEON. ¡Oh, cállate! Si hubieras tenido el menor sentimiento de tu dignidad y si me hubieras profesado un tanto así de afecto, habrías venido a refugiarte aquí, cerca de mí, a mi lado.

AGAT ¡Oh, tía mía!

LEON. ¡Cuando pienso que eres tú la que te portas así!

AGAT Pero si era justamente, tiita, porque él lamentaba lo que había hecho, lo que...

LEON. ¿Lamentarlo él? Haces bien en decirlo, porque ha entrado aquí alegre y jocoso, con la sonrisa en los labios.

AGAT Es que tenía miedo, tía.

LEON. ¿Miedo? ¿Desde cuándo has visto tú sonreír a las gentes de miedo, di?

AGAT Yo no me refiero a los demás; pero él, sí. Cuando empezó conmigo, le ocurrió lo mismo: hacía

un tipo graciosísimo, y me dijo que aquello se lo producía el miedo.

LEON. Pero ¿si sus pensamientos eran de arrepentirse, no hubiera empezado por excusarse, ante todo?

AGAT ¿Y no es eso lo que ha hecho?

LEON. ¿Quién, él? Me ha hecho frases y pare usted de contar.

AGAT ¡Oh! Entonces es que le has infundido miedo. ¡Si supieras lo tímido que es!... Está estudiando teología.

LEON. ¡Es lo único que le faltaba!

AGAT Es que se necesita que lo sepas todo; es el sobrino del arzobispo y por eso era tan fanático estos tiempos. Pero sabe que tiene buen corazón, y cuando ha visto lo que ha hecho, ha querido repararlo. ¡Oh, tía mía!

LEON. Vamos, levántate; es muy estúpido ponerse así, de rodillas. ¿Dónde has aprendido eso?

AGAT *(Levantándose.)* No lo sé; pero, ¿por qué me miras así? ¡Me estás desesperando! *(Llora.)*

LEON. ¡Y qué quieres que haga! ¡Si eres tú, infame criatura, la que me has aterrado!

AGAT ¡Pero si no es nada de lo que tú crees! El no nos aborrece ahora; por el contrario. ¡Si tú le hubieses oído hablar a él mismo de la manera como se condujo contigo!... Y esto delante de todo el mundo. En primer término, lo ha contado a los demás, y luego me lo ha vuelto a repetir él mismo con toda franqueza.

LEON. Pero ¿por qué no me has escrito todo eso?

AGAT Porque tú, querida tía, no eres como las demás. Si solamente te hubiese escrito que estaba él allí, te hubiera faltado tiempo para ordenarme que regresara a tu lado inmediatamente.

LEON. Sí; pero con todo, no me explico cómo ha sido que tú...

AGAT Vamos, escúchame... *(Con zalamería.)* Tú sabes muy bien que cuando oigo a alguien hablar bien de ti, esto me lo hace simpático inmensamente. Bueno; pues figúrate cuando le oí a él, que había estado tan insolente contigo, hacer públicamente tu elogio... ¡Oh! Y ahí tienes el principio.

LEON. ¿Y luego?
AGAT ¡Cómo! ¿Quieres que te lo refiera todo? ¡Pues si necesitaría días y más días! Estaba nerviosísima, excitada, con un gran malestar, cuyas causas no podía explicarme.
LEON. ¿Y por qué no regresaste cuando viste que...?
AGAT Eso es lo que he hecho, y, sin embargo, por eso lo he perdido todo.
LEON. No te entiendo. Vamos, vamos, ten conocimiento, no te enerves así y cuéntamelo todo; pero con la mayor tranquilidad. *(Se sientan.)*
AGAT ¡Oh! ¡Qué buena eres dignándote escucharme! ¡Si supieras lo que...! *(Llorando.)*
LEON. Ea, calma, serénate y cuéntamelo todo.
AGAT Bueno, pues te diré que durante toda la semana he tenido una fiebre... Creía que verdaderamente iba a caer enferma... Todo el mundo me preguntaba lo que tenía. En el fondo, te confesaré que ni yo misma lo sabía. ¡Oh! ¡Tendría que decirte tanto y tanto sobre esto!... Pero tú no me comprenderías.
LEON. ¿Por qué no?
AGAT No, no; es imposible. Por otra parte ni siquiera sabría decírtelo; ¡son tan tristes todos mis recuerdos de ese tiempo, y soy ahora tan dichosa!...
LEON. Como quieras; pero, ¿qué te ha dicho él?
AGAT ¡Oh! Me ha hablado... con toda franqueza.
LEON. ¿Y te ha pedido la mano?
AGAT Sí. ¡Oh! Sólo de volverlo a recordar me pongo encarnada de vergüenza.
LEON. Estoy segura que te quedarías alelada.
AGAT ¡Oh! ¡Si me hubieses visto!
LEON. Pero ¿qué es lo que hiciste tú?
AGAT ¡Oh! Aquello fué superior a mis fuerzas, y lancé un grito y huí; luego volví, arreglé mi equipaje y tomé el barco.
LEON. Pero ¿así, como lo cuentas, inmediatamente?
AGAT Sí; estábamos fuera, en la calle.
LEON. Pero, Agat, hija mía, ¿en qué pensabas?
AGAT ¡Qué quieres! Me esperaba tan poco aquello. Creo que en mi vida he pasado mayor bochorno. ¡Y

luego estaba tan avergonzada !... Durante toda la travesía no he hecho más que llorar.

LEON. ¿Pero él... ha venido en el mismo barco que tú?

AGAT ¡Figúrate! Echó a campo traviesa y cogió el barco por la otra banda, cosa que no supe hasta que le vi a bordo. Me parecía que todo giraba a mi alrededor y que el buque iba a hundirse. Quería correr, escapar, pero no podía. ¡Oh, tía mía, si tú supieras !... El estaba allí y me miraba de manera tan extraña... ; me cogió las manos... y empezó a hablarme... No entendía bien lo que me decía ; ¡pero eran tan dulces sus palabras... y aquellos ojos !... Tía, tú no le has visto y no puedes hacerte cargo...

LEON. Yo, no...

AGAT Hay en él un no sé qué de extraño, de seductor, que domina. Y cuando está junto a mí y me dice... ¡Oh! No sé cómo expresártelo en estos momentos. Pero cuando dice «te amo», yo no sé qué estremecimiento sacude todo mi ser... ¡Oh, tía, tía, abrázame !, ¿quieres? *(Se abrazan. Pausa.)* Gracias. ¿Sabes lo que me ha dicho hoy?

LEON. No.

AGAT Que quien había educado a semejante niña, se refería a mí, ¿comprendes?, y yo me acordaba de todos mis defectos..., que por otra parte los conocerá muy pronto, y...

LEON. Sí, sí ; pero tú decías que él te había dicho que... quien había educado una niña como tú...

AGAT No debía tener igual.

LEON. *(Sonriendo.)* ¿Todo eso te dijo? Pero tú has hecho mal en mentir a costa mía.

AGAT Al contrario. Era muy justo, desde el momento en que él quería venir aquí el primero..., delante de mí ; él debía recibir, según decía, el primer choque. «En nombre del cielo, le dije, no vayas ; tú no la conoces ; te mataría de buena gana.»

LEON. ¡Pero, Agat !...

AGAT Y entonces me respondió : «No, una mujer que tiene...» Pero ahora veo que has recibido mal al pobre muchacho.

LEON. ¡Qué quieres! Estaba fastidiada toda la mañana y aquello encima..., y no he podido contenerme.

AGAT Pero ahora no tendrás más fastidios en tu vida, para que lo sepas; porque te vendrás a vivir con nosotros; el mundo es bueno, como suele decirse, ¡y tú eres tan excelente!...

LEON. ¡Yo buena!...

AGAT Sí, tú. Tú eres la mejor y la más incomprensible de las mujeres, tía querida... Pero ¿qué te sucede?

LEON. Soy muy desgraciada, Agat.

AGAT Pero ¿por qué? ¿Por causa mía?

LEON. No, al contrario; tú eres el rayo de sol de mi existencia; eres tú la que me iluminas, la que me prestas calor y vida, la que me consuelas, y por eso precisamente...

AGAT ¡No te comprendo ahora!

LEON. Dios mío, porque yo soy una vieja, soy mala, soy huraña, estoy siempre de mal humor. Y si no, veamos: ¿Qué parezco yo a sus ojos? ¿A los tuyos mismos? Vamos, contesta. ¿No es verdad que yo sólo soy una mala mujer?

AGAT ¡Cállate, ea! Tú eres la mejor tía que hay en el mundo; y a lo que tú llamas vejez, debilidad, maldad, yo le daría otro nombre...

LEON. No, no; nada de cumplidos, no me los merezco; piensa únicamente en que sólo por ti trabajo actualmente; considera que todo lo que tengo será para ti algún día; ten piedad de mí y dime la verdad, pero sin rodeos ni subterfugios, la verdadera verdad. Veamos: ¿no soy yo...? ¿Cómo le llamarías tú a esto?...

AGAT Adorable.

LEON. Ea, cállate. Sí, sí; bien lo conozco; al cabo de ocho años que vivo aquí, encerrada..., he tenido hermosa ocupación: leer libros, seguir el movimiento de mis mejores impulsos, y nada de eso me ha aportado la luz que yo busco incesantemente: un nada, un signo de esa multitud que ignoro, y ya me tienes temblando, ya no sé lo que me pasa. Mira, nada más que tu vestido, tu sombrero a la moda, todos esos colores chillones,

todo ese tocado despiertan en mí no sé qué muertas impresiones que no alcanzo a comprender y acuden a mi imaginación infinidad de pensamientos que jamás se me habían ocurrido antes. Cuando estás a mi lado, siento a mi alrededor como una eterna juventud, como una sonrisa divina que envuelve todo mi ser y que viene a recordarme el pasado. ¡Es todo aquí tan viejo..., tan triste, tan incomprensible!... Yo, yo misma sobre todo.

AGAT ¡Pero tú estás loca! Ya tenía él razón cuando me decía que tú...

LEON. ¿Qué te decía? No sé qué, puesto que no me conocía.

AGAT Justamente. Por eso me decía que le mataba el deseo de conocerte, porque sólo con verme le parecía que tú debías ser... ¡Oh! ¡Y pensar que debía ser él quien...!

LEON. No me hables más de esto, te lo ruego, porque sólo de pensar... Y, sin embargo, ¡decir que debía ser él, él a quien hemos...!

AGAT ¿Odiado con toda el alma? Sí, ¿no te parece que es curioso?

LEON. Y la primera vez que dejas...

AGAT Sí, ¿verdad?

LEON. Retornas así, con el olvido, el amor...

AGAT ¡Pero si todo esto es obra tuya! ¿No eres tú la que me has educado, la que has hecho de mí lo que soy? ¿Y te quejas? ¿Y dices que te tornas triste y huraña? ¡Oh, mala, maligna!

LEON. *(Con dulzura.)* No, no me quejo, puesto que te veo, te oigo, te tengo aquí. Y esta dicha, lo comprendo, no la pagaría jamás como se merece. Es que he sido una egoísta, porque ese amor es la la primavera que llega a ti, en tanto que para mí... ¡Oh!

AGAT ¿Para ti? Pero ¿qué más te pasa?

LEON. ¿A mí? ¡Nada! ¡Que pienso que mi misión está cumplida ahora; ya ves!

AGAT ¿Tu misión? Vamos, con tus maldecidas ideas tristes estás turbando mi alegría.

LEON. ¿Turbar yo tu alegría? ¡Oh, Agat! ¿No ves? Estoy alegre, soy dichosa..., muy dichosa... Pero ¿qué quieres?, yo tengo siempre mis ideas...

AGAT Sí, sí; tus ideas locas, insensatas.

LEON. Bueno, anda y vuélvelo a traer. *(Con sentimiento.)*

AGAT ¡Ay, si supieras qué bien me suena eso de «vuélvelo a traer»! *(Se dispone a salir, pero se detiene.)* ¡Oh, gracias, tía querida! ¡Gracias, gracias! *(Se arroja en brazos de su tía. Leonarda se desploma lánguidamente en un sillón, cerca de la mesa, la cabeza entre las manos. Agat sale y se la oye en seguida hablar fuera.)*

AGAT Vamos, ven.

HAGB. *(Desde fuera.)* Pero ¿es de veras?

AGAT Sí, sí, ven; pronto, pronto.

HAGB. ¿Lo dices de verdad?

AGAT Pronto vas a verlo, si no me crees. *(Leonarda se levanta, se enjuga las lágrimas y se dirige al encuentro de Agat y de Hagbart, que entran.)*

AGAT ¡Tía, es él!

HAGB. Señora...

LEON. *(Ofreciéndole la mano.)* Perdóneme usted.

HAGB. ¡Perdonarla yo! A usted le toca perdonarme, señora, y si antes no tuve tiempo de decirla que...

AGAT Bueno, bueno, está bien; ya hablaremos de eso otro día. Deja, tía, que te miremos.

LEON. Bien pueden estar ustedes seguros el uno del otro; usted, por lo menos.

AGAT ¡Oh, por eso no temas!

LEON. Sí, sí, amaos mucho. Aportas la vida, la alegría, la juventud a estas viejas y tristes paredes, donde yo sola languidezco...

AGAT ¡Pero, tía, por Dios!

LEON. ¿No se han abrazado todavía siquiera una vez? *(Agat retrocede con timidez.)* Pues bien, daos un abrazo. *(Se abrazan.)*

AGAT *(Corre a abrazar a su tía.)* Pero ¿qué es lo que tienes? ¿Estás llorando?...

LEON. No te preocupes de mí, niña querida. *(A Hagbart.)* Hagbart, ¿ha dado usted cuenta de esto a su tío?

HAGB. Todavía no, señora.

LEON. ¿Todavía no? ¡Oh! Entonces falta aún lo más grave y tengo grandes temores.

HAGB. No, no tema usted nada; al extremo a que hemos llegado ya, nada podría detenerme.

AGAT ¿Lo oyes, tía, lo has oído?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

En casa del Obispo. En el fondo, una puerta que conduce a otra; dos ventanas a la izquierda. Delante de la primera ventana, un gran sillón; detrás, una mesa escritorio con una silla. A la derecha, cerca de la puerta, un canapé y sillas. Otras dos sillas en el fondo.

OBISPO *(Sentado en el canapé.)* Me repites sin cesar que has obrado con arreglo a tus ideas, mi querido Hagbart. ¡Conformes! Pero también admitirás que yo obre con arreglo a las mías.

HAGB. Tío, por última vez; sólo le pido una cosa y es que la vea usted, que hable usted con ella.

OBISPO Pues eso es precisamente lo que no quiero. Cree que sufrimos ya lo bastante al verte elegir una mujer que no pertenece a nuestro rango. ¡Dios mío! No creas que la amemos menos por eso, no, y estoy dispuesto a hacer por ella cuanto pueda; pero lo que me pides es imposible. ¿Quieres ver la carta?

HAGB. *(Con sequedad.)* No, gracias.

OBISPO Tú podrías hacerla, que no eres diplomático.

HAGB. ¡Oh! Estoy seguro de que usted le habrá dicho eso en todas las formas, pero no habrá dejado de decírselo.

OBISPO Si lo he hecho es porque tenía la obligación de hacerlo.

HAGB. Pero al menos pudiera no enviar la carta.

OBISPO Es demasiado tarde.

HAGB. ¿Ya la ha remitido usted?

OBISPO Sí, esta mañana; ya ves que la cosa ya no tiene remedio.

HAGB. Es usted muy duro, tío.

OBISPO ¿Y te atreves a decirme eso, Hagbart? Ya he consentido que abandonases la carrera eclesiás-

tica. y Dios sabe la pena que esto me ha producido. *(Se levanta.)* Pero en cuanto a permitir que introduzcas aquí una mujer que ni siquiera lleva el nombre de su marido, jamás. ¿Sabes tú siquiera quién es su marido? Ella se casó y divorció en el extranjero. y aun desde entonces lo poco que conocemos de su vida está muy lejos de ser irreprochable; desde que reside aquí no ha venido ni una vez siquiera a la iglesia; vive de una manera bastante excéntrica y, por último, recibe en su casa a un hombre cuya reputación...

HAGB. ¡Quién! ¿El general Rosen?

OBISPO Sí. el general Rosen, un borracho y un libertino.

HAGB. ¡Pero, Dios mío, si es un hombre a quien se le recibe en todas partes..., incluso aquí!

OBISPO ¡Oh, ya se sabe! El general es un valiente, hombre de mundo, con relaciones espléndidas, y, ¡qué quieres!, en la vida...

HAGB. Perfectamente. ¿Por qué entonces no había de poderlo recibir la señora de Falk?

OBISPO La señora de Falk es una mujer...

HAGB. ¡Eh! ¿Cuándo se acabará de hacer semejantes diferencias?

OBISPO ¡Hola, hola! ¡Ahora me sales tú con tales ideas! ¡Las has cambiado de poco tiempo a esta parte, y de una manera brillantísima por cierto, sobrino!

HAGB. Yo quisiera que usted pudiese hablar una vez con ella, tío mío, y ya vería usted...

OBISPO Escucha bien, Hagbart, lo que voy a decirte: el presidente Rost, ya lo conoces, el que reside en el campo, me ha afirmado el otro día que ha visto salir al general de casa de ella muchas veces a horas intempestivas... Por una vez también tengo que hablar de la señora de Falk.

HAGB. *(Con ironía.)* ¿Pero usted no recibe al general en su casa?

OBISPO ¡Eh! Vuelvo a decirte que no es lo mismo.

HAGB. Pues yo le afirmo que no existe entre ella y él otra cosa que amistad; ella le tiene compasión y nada más.

OBISPO ¿Es que él la ha conocido anteriormente?
HAGB. Es casi seguro; de todos modos, ella se ha interesado por el general; es la única, por otra parte, que le ha demostrado interés.
OBISPO Sus razones tendrá.
HAGB. ¡Sus razones! Vaya, ¿quiere usted que yo se lo diga? Ella tiene más corazón y más valor que todos nosotros; ella es la que sabe sacrificarse. ¡Oh! Es una mujer de complexión distinta a la nuestra, de inteligencia diferente de nuestra inteligencia...
OBISPO Te confieso que no salgo de mi asombro al oírte expresarte de esa manera, Hagbart.
HAGB. No, no, yo no quiero decir... Ella tiene sus defectos, como todo el mundo.
OBISPO ¿De veras? ¡Vaya una fortuna! Bueno, escucha; yo te lo ruego, Hagbart; parte, vete de aquí por algún tiempo a lo menos, aunque sea poco.
HAGB. ¿Partir yo?
OBISPO Sí, tú; vete a casa de mi hermano; vete a pasar allí ocho o quince días; necesitas volver a ver todo esto con calma, reflexionar un poco; te hallas en un estado de excitación...
HAGB. Ya lo sé, pero...
OBISPO ¡Qué!
HAGB. Hace mucho tiempo que dura esto, más tiempo del que usted se figura. Nada, desde el día en que este invierno tuve la avilantez de insultarla.
OBISPO ¡Insultarla!
HAGB. Eso mismo. ¡Si usted supiese!... Yo tenía algo así como remordimientos de lo que había hecho; me asustaba yo mismo de aquel rigor fanático y estúpido que se había apoderado de mí, sin saber por qué. No le referiré a usted lo que he sufrido, y que no ha podido usted apreciar porque yo no estaba aquí. Pero cuando caí enfermo y me fuí a los baños volví a encontrar a su sobrina y experimenté una felicidad como no puede usted figurarse, y al pensar en la posibilidad de su perdón, me pareció que renacía a una nueva existencia. Y luego un imperioso deseo, un deseo ineludible de volver a ver a la

otra, a su tía, a quien había ofendido con tanta crueldad... Me parecía que había de encontrar en ella lo que desde tan largo tiempo buscaba. Porque en el fondo, no era por naturaleza, sino por derecho, por rabia, por lo que yo me había vuelto así... Sí, yo comprendo que es vergonzoso confesarle esto hoy; pero como es la verdad, no me importa. Pero volvamos a lo que estaba diciendo. Hablaba de...

OBISPO Hablabas de la señora de Falk, naturalmente.

HAGB. ¡Ah, sí; es verdad! Pues bien; no he podido abandonarla un minuto en estos días.

OBISPO ¿De modo que estabas con ella?

HAGB. Justo, Dios, sí; es decir..., con Agat también, naturalmente. Usted me propone que marche inmediatamente y no puedo, ni aunque doblase usted el plazo podría tampoco. No; he encontrado lo que buscaba y es necesario que permanezca aquí.

OBISPO ¿Y a eso le llamas tú felicidad, pobre muchacho?

HAGB. ¿Para qué hablar continuamente de ella si no la comprendemos? Es absolutamente como el otro día con la biblioteca de la abuela.

OBISPO *(Molesto.)* Tienes muy buena memoria... En fin, haz lo que te parezca; por lo menos no podrás reprocharme haberte obligado a hacer cualquier cosa.

HAGB. Sí, es usted muy bueno para mí, tío mío, ya lo sé.

OBISPO Bien; pero hay otra cosa en todo esto, en la cual me he fijado antes de ahora.

HAGB. *(Suspirando.)* ¿Qué quiere usted decir?

OBISPO ¿Has advertido que desde que conversamos apenas has pronunciado el nombre de Agat?

HAGB. ¡Como no estamos hablando de ella!...

OBISPO ¿Es que ya no la quieres?

HAGB. ¿Por qué me hace usted esa pregunta? ¡Que no la quiero! ¿Querrá usted decir que...?

OBISPO Sí; quiero decir...

HAGB. No, no. *(Con gravedad.)* Hay aquí una confusión, querido tío.

OBISPO Pues insisto en lo mismo; márchate, desaparece de aquí ocho o quince días; reflexiona un poco

acerca de todo esto; piensa en los demás, en ti mismo, y verás.

HAGB. Se lo repito que es imposible, tío mío, absolutamente imposible; es como si usted me dijese que fuera durante todo ese tiempo a arrancarme a la vida y a la luz. No; he concluído por emplear todas mis fuerzas y apenas si puedo ya dominarlas.

OBISPO Pues justamente...

HAGB. Pues justamente por eso hay que probar la suerte, tío mío; una vez en mi vida quiero irle al encuentro. No, no: es preciso que yo permanezca aquí. Adiós, querido tío; necesito salir un poco.

OBISPO Es decir, ¿que vuelves a casa de la señora de Falk?

HAGB. *(Sonriendo.)* No me atrevo a ir antes de las doce porque ayer estuve allí todo el día; pero mire usted, sólo con hablar de ella así, todos mis pensamientos vuelan de nuevo a ella y, mire usted, cuando me ocurre esto no me queda más que un remedio: ir a su lado. Gracias, querido tío; usted es siempre tan bueno como paciente para conmigo.

OBISPO ¿Pero no lees la carta?

HAGB. Es verdad, se me había olvidado.

OBISPO ¿Ves como eres distraído y poco serio? Tienes necesidad de reflexionar un poco. Por última vez, un buen consejo: viaja.

HAGB. Imposible. Adiós, querido tío.

OBISPO Aquí viene tu abuela.

HAGB. Buenos días, abuela. ¿Has pasado buena noche?

ABUEL. *(Entrando lentamente por la puerta del fondo, sostenida por Cornelia.)* ¡Oh! ¡Muy bien!

CORN. *(Conduciéndola.)* Como que ha dormido hasta bien adelantada la mañana.

OBISPO Me felicito y me alegro en el alma, abuela. *(Le ofrece el brazo.)*

ABUEL. Pero no hablarme tan alto: el tiempo está hoy despejado y oigo bien. *(A Hagbart.)* ¡Anoche no viniste a verme!

HAGB. Volví muy tarde, abuela.

ABUEL. ¡Pero si no tienes necesidad de hablar tan alto, te lo repito!

CORN. Siempre quiere hacer como si oyese.

ABUEL. *(Que ha llegado cerca del sillón y se sienta.)* Se está bien aquí.

OBISPO Y nosotros nos consideramos dichosísimos de verla venir todos los días, abuela.

ABUEL. ¡Calle! Aquella ventana... y ese mirador, allá abajo...

CORN. ¿Es que quieres salir?

ABUEL. ¡Pero cómo gritan todos! ¿Es que creéis que soy sorda?

OBISPO Con su permiso, me retiro, porque tengo que hacer en mi habitación.

ABUEL. Adiós, adiós. *(Vase el obispo por la derecha.)*

CORN. ¿Necesitas algo de mí, abuela?

ABUEL. No, gracias. *(Cornelia se va por el fondo.)*

HAGB. *(Que se acerca a la abuela y medio se arrodilla junto a ella.)* ¡Oh, mi buena y querida abuela! ¡Tú eres la única que me comprendes!

ABUEL. *(Tratando de volverse como para ver.)* ¿Estamos solos?

HAGB. Sí, abuela.

ABUEL. Dime, ¿es que tu tío saluda ahora a la señora de Falk?

HAGB. ¡Ca! No, y le ha enviado una carta esta mañana.

ABUEL. Me lo figuraba.

HAGB. ¿No te parece que eso es horrible, abuela? No querer hablarla, ni oírla y juzgarla así.

ABUEL. Todos son lo mismo; todos los que... *(Volviéndose.)* ¿Estamos solos?

HAGB. Sí, abuela.

ABUEL. ¡He visto tanto, tanto, tanto!... ¡Oh! Antes se era más tolerante que ahora, sí...

HAGB. Y, a propósito, abuela: has de saber que he leído los libros que me has dejado, que son bellísimos.

ABUEL. ¿Verdad que sí? *(Se vuelve.)* ¿Estamos solos?

HAGB. Sí, abuela; no tengas miedo.

ABUEL. Has de saber que yo también quiero a esa muchacha. Es, por vida mía, como las jóvenes de otros tiempos, de mi hermoso tiempo viejo.

HAGB. Y alegre y valerosa,

ABUEL. Y bravía, independiente. ¡ Ah ! Lo que es ahora no se encuentra mucho de aquello, créeme. *(Volviéndose.)* ¿Estamos solos?

HAGB. Sí, abuela.

ABUEL. Has de casarte, para que lo sepas. *(En voz baja.)* Yo me iré a vivir contigo y con ella. ¡ Chist !

HAGB. ¿De veras?

ABUEL. ¡ Chist ! *(Mira por la ventana.)* Ea, justamente llegan el presidente y su mujer.

HAGB. Me voy.

ABUEL. Yo me espero ; regresaron ayer del campo.

HAGB. Adiós, abuela. *(La abraza.)*

ABUEL. Adiós, hijo mío, adiós. *(Vase Hagbart por la derecha.)*

CORN. *(Abriendo la puerta del fondo.)* Tenga la bondad de entrar, señora.

ROST Gracias. Dispénsenos por haber venido tan pronto, pero hemos regresado del campo ayer tarde y mi marido debe ir en seguida al palacio.

PRESI. Sí, es absolutamente necesario que vaya al palacio hoy mismo.

OBISPO *(Entrando por la derecha.)* ¡ Hola ! ¿Ya de regreso? ¿Cómo va, queridos señores? Tomen asiento.

PRESI. / ROST } Muy bien, gracias.

ROST Aunque creo que mi marido se ha constipado un poco. *(Se sientan.)*

CORN. ¡ Oh ! La verdad es que había ayer tarde una corriente en la capilla...

PRESI. Sí, pero nosotros estábamos en el fondo.

ROST Sí, estábamos en lo último, por cuya causa no pudimos ir a saludar a su eminencia.

OBISPO Verdaderamente, había un gentío enorme.

PRESI. / ROST / CORN. } ¡ Oh ! ¡ Un gentío !

ROST Es un auxilio verdaderamente de importancia el que recibe usted con eso.

PRESI. ¡ Oh ! Ya lo reconoce todo el mundo.

OBISPO ¡ Si sobre todo pudiésemos llegar a las cosas prác-

ticas ! ¡ Porque están los tiempos tan malos en la actualidad !

PRESI.
ROST
CORN. } ¡ Oh, en la actualidad !

ROST ¡ Ah ! Y a propósito, figúrese usted que... ayer nos dijeron... ; de buena gana le hubiera preguntado a la señorita..., pero había tanta gente... ; sí, ayer me dijeron que...

PRESI. Al asunto, porque para ello particularmente hemos venido hoy... Miren ustedes, yo digo siempre las cosas con franqueza...

ROST Eso, la franqueza sobre todo ; yo soy así.

OBISPO ¿ Ustedes quieren hablar seguramente del matrimonio de Hagbart?

PRESI.
ROST } *(A la vez.)* Justamente... ; con la señorita de Falk, ¿ no es eso?

CORN. Sí, en efecto.

ROST ¿ De veras?

CORN. Sí ; mi hermano ha comprendido que no había razón alguna para oponerse a...

PRESI. ¿ De veras? Sin embargo, debe haber sido cosa dura para monseñor...

OBISPO ¡ Dios mío ! Sí, lo confieso.

ROST ¡ Pero cómo ha cambiado su sobrino !

PRESI. Sí, sí ; él, que anhelaba...

OBISPO ¡ Que quieren ustedes ! Sobre ese capítulo hay que tener mucha indulgencia con la juventud de hoy día.

PRESI. *(Alzando los brazos al cielo.)* ¡ Oh el espíritu de hoy día !

OBISPO No diré yo, Dios santo, que me desagrade esa joven.

CORN. Mi hermano la encuentra desde luego digna de interés, aunque sus maneras sean a veces de una libertad, de una despreocupación...

ROST Sí, pero su madre, querida señora...

PRESI. ¡ Oh ! Su madre...

CORN. Naturalmente. También mi hermano ha decidido no hacerle ninguna visita.

PRESI. } ¿De veras?
ROST }
ROST ¡Oh! ¡Cuánta razón lleva usted!
PRESI. Era precisamente lo que queríamos preguntar. Si hubiesen oído ustedes ayer a todas las personas que nos hablaban de esto...
ROST Y a todo el mundo. Yo estaba disgustada por ustedes.
CORN. ¡Oh! Pero mi hermano le ha escrito esta mañana haciéndole comprender que...
PRESI. ¡Muy bien!
ROST Estoy verdaderamente contenta por ustedes.
ABUEL. ¡Eh! Un carruaje se ha detenido en la puerta. Sí, sí.
CORN. En efecto, creo haber oído... *(Se levanta.)*
ABUEL. ¡Y desciende una señora!
ROST ¿Una señora? No paso a creer que pueda ser ella. *(Se levanta.)*
PRESI. ¿Qué dices? *(Levantándose también.)*
CORN. Lleva un velo.
ROST Pues sí, me parece... Ven a verla, Rost, tú que la conoces.
PRESI. *(Mirando a la ventana.)* ¡Es ella, sí! He reconocido a su cochero Hans.
OBISPO *(Que se ha levantado.)* ¿Pero no será su sobrina?
CORN. No, no es su sobrina. Y ha entrado... ¿Qué hacemos?
ROST ¿Pero es que no habrá recibido su carta?
OBISPO Debe haberla recibido esta mañana.
PRESI. ¿Y a pesar de eso?...
OBISPO Eso no puede ser precisamente la causa... ¡Hum! En fin, Cornelia, ve a ver y...
CORN. ¡Oh, no; eso no, no faltaba más!
ROST *(A su marido.)* Vámonos nosotros; ea, acaba, hombre, marchemos. *(Buscando el paraguas.)* Pero ¿dónde he dejado yo el paraguas?
OBISPO *(Bajo.)* No, no se marche usted, se lo ruego.
PRESI. Pero no vaya usted a pensar...
ROST ¡Mi paraguas! ¡Pues no puedo encontrarlo por ninguna parte!
PRESI. Naturalmente; como que lo llevas en la mano.
ROST ¡Calle, pues es verdad! ¡Mira cómo tengo la

cabeza! ¡Oh! ¡Esa mujer!... Y no es eso todo; vamos a prisa. ¿Podemos salir por aquí?

PRESI. *(Con espanto.)* ¿Por el dormitorio de monseñor?

ROST ¿Y qué? ¿No estás tú conmigo? Si no salimos, nos vamos a tropezar con ella. ¡Pero vamos! ¿Para qué te quedas aquí?

PRESI. ¡Mujer, esperemos!

ROST ¡Esperar! ¿Luego entonces es que quieres hablar con ella? ¿Qué le parece a usted de estos hombres? Todos son lo mismo.

CORN. Por todo el oro del mundo no me movería de aquí.

ABUEL. *(Llamando.)* ¡Gracchus!

OBISPO ¿Qué quiere usted, abuela?

ROST Bueno, ahora se mezcla también en esto la vieja. ¡Eso faltaba!

ABUEL. Hijo mío, la política es un deber para todo el mundo y con respecto a todos.

OBISPO Tiene usted razón, abuela. *(Se dirige hacia la la puerta del fondo; al mismo tiempo se oye llamar.)* ¡Adelante! *(Se abre la puerta y aparece Leonarda.)* Entre usted, señora, se lo suplico.

ROST *(En voz baja.)* (¡Ella es!)

PRESI. ¡No te sulfures!

ROST ¿De modo que tú, sin embargo, quieres quedarte aquí?

LEON. Perdóneme usted: ¿es a usted, monseñor?...

OBISPO Sí, señora; tengo ese honor.

LEON. Yo soy la señora de Falk.

OBISPO Permítame usted que le presente a mi hermana, el señor presidente Rost, su esposa y...

LEON. ¿Su señora madre, no es eso?

OBISPO Sí; ¿puedo presentarte a la señora de Falk?

ABUEL. *(Levantándose.)* Tengo el mayor placer en conocerla, señora.

ROST
CORN. } (¿Qué dice?)

ABUEL. En mi calidad de dueña viuda de esta casa, permítame usted, mi querida señora, darle la bienvenida. *(Leonarda se detiene, se arrodilla y le besa la mano.)*

ROST (*Aparte.*) (¡ Pero !...)
CORN. (*Aparte.*) (¡ Oh !)
ROST (*A su esposo.*) (¡ Vámonos !)
PRESI. (*Aparte al obispo.*) ¿Desea vuestra grandeza que...?
OBISPO (*Aparte.*) (Gracias. Ahora es necesario que yo le hable.)
PRESI. Vaya, adiós, monseñor.
OBISPO Muchas gracias por su visita y sus sinceros consejos.
ROST ¡ Oh ! Ya lo sabe, monseñor ; nosotros siempre... Adiós, monseñor.
CORN. (*A quien desean darle el adiós de despedida los señores de Rost.*) Les acompaño.
PRESI. (*A la abuela.*) Que siga usted bien, querida señora.
ROST (*Lo mismo.*) Adiós, querida señora... ; no se moleste usted ; se cansa demasiado.
ABUEL. Usted también.
PRESI. } ¿Cómo?
ROST }
OBISPO (*Riendo.*) Indudablemente ha creído que se despedían de ella u otra cosa...
PRESI. } ¡ Oh ! ¡ Bien, bien ! (*Ríen. Luego saludan ceremoniosamente a Leonarda y salen seguidos de Cornelia; el obispo les acompaña hasta la puerta y vuelve en seguida junto a Leonarda.*)
ROST }
OBISPO Tenga usted la bondad de tomar asiento, señora.
LEON. Vuestra grandeza me ha enviado una carta esta mañana. (*Hace como que espera una respuesta del obispo; éste se calla; ella continúa.*) Si no he comprendido mal, usted parece darme a entender... de una manera política, que su familia no está dispuesta a tener relaciones con la mía.
OBISPO ¡ Por Dios, señora ! Yo he pensado que usted misma no las desearía más ahora que antes y...
LEON. O en otros términos, usted me significaba claramente tener que dejar a los dos jóvenes mi propiedad y mis bienes, rogándome que desapareciera de aquí...; ¿no es eso?
OBISPO Dios mío, usted lo ha comprendido así, pero...
LEON. Sin embargo, su sobrino ha debido decirle que

mi fortuna no me permitía sostener dos casas: ellos aquí y yo en otra parte. ¿No se lo ha dicho?

OBISPO Sí, es verdad; pero su propiedad podría venderse y...

LEON. Y podríamos irnos todos juntos... Eso es lo que quiere usted decir, ¿verdad? Bueno, pues, en primer término, le diré que esa propiedad está precisamente en vísperas de adquirir gran valor gracias al ferrocarril que pronto se construirá, y luego... ¡hace tanto tiempo que pertenece a la familia!...

OBISPO Ya sé que es muy hermosa.

LEON. Y además le tenemos un poco de cariño.

OBISPO Siento, señora, que la cuestión haya tomado tal giro.

LEON. Si esto pudiese influir en su decisión, monseñor...

OBISPO Mi decisión, señora, no se modifica ni puede modificarse en nada por tal motivo.

LEON. Ya lo sé; pero permítame usted una pregunta. ¿Durante los ocho años que resido aquí, le he ofendido en algo? ¿He ofendido a alguien?

OBISPO Usted sabe, señora, que no.

LEON. ¿Acaso será la educación que he dado a Agat lo que le hace sentir que su sobrino...?

OBISPO Su sobrina la honra a usted, señora.

LEON. ¿Será tal vez que no sea eso del agrado de alguien de mi familia? ¿Quizá de alguien de la suya?

OBISPO Señora, nadie podrá negar aquí que bajo ese concepto no sea usted un verdadero modelo.

LEON. Pues entonces, con franqueza, veamos en lo que consiste.

OBISPO Señora, usted me dispensará, pero... ¿Cómo quiere usted que yo vaya a...?

LEON. Bueno, yo le ayudaré. ¿No será acaso por mi pasado?

OBISPO Puesto que usted misma lo dice..., sí, se lo confieso; por eso es, precisamente.

LEON. ¿Y usted no encuentra nada que pueda borrar ese pasado, que, por otra parte, fíjese usted bien en esto, no conoce usted?

OBISPO Permítame usted que le diga que apenas he visto en usted síntomas de expiación.

LEON. ¿Lo dice usted porque no me ha visto una sola vez en la iglesia desde que estoy aquí?

OBISPO Sí, señora.

LEON. ¿Le gustaría a usted más que buscase excusas para justificar la mentira?

OBISPO No, porque conozco que sólo hay una camino que tomar: el arrepentimiento.

LEON. Otros hay: el trabajo y el deber.

OBISPO Pero sólo hay uno seguro; los demás no defienden contra las tentaciones.

LEON. ¿A qué se refiere usted cuando me dice eso? Veamos. ¿Es preciso que vuelva a ayudarle un poco? Usted se refiere al general, ¿no es cierto?

OBISPO Sí, señora.

LEON. ¿Y usted cree que debiera alejarle de mi lado?

OBISPO Sí.

LEON. Si yo le despidiese, sería un gran perjuicio, porque le aseguro que en el fondo es bueno.

OBISPO Yo no quiero mezclarme en asuntos que desconozco; pero le aseguro que sólo una reputación bien cimentada puede arriesgarse con un hombre como Rosen.

LEON. ¡Oh! En cuanto a eso, tiene usted razón.

OBISPO Y usted confesará que es pagar demasiado caro, señora, un objeto que, por otra parte, no está usted segura de alcanzar.

LEON. Puede ser. Pero ha olvidado usted una cosa, monseñor.

OBISPO ¿Cuál es?

LEON. La caridad.

OBISPO Declaro que, si usted lo toma así, no tengo nada que decir.

LEON. ¿No me cree usted?

OBISPO Quisiera, creyéndola a usted, poder resolver la cuestión que nos separa.

LEON. Pero reconocerá usted, sin embargo, que se debe hacer el bien sólo por hacerlo, cualquiera que sean las consecuencias que de él puedan resultar.

OBISPO Indudablemente.

LEON. Pues entonces, ¿por qué no hace usted lo mis-

mo? Supongamos que, dignándose usted saludarme, perdiese la confianza de sus temerosos feligreses; pero puesto que usted sabe que esta fama que se me da es falsa, ¿no es deber suyo ayudarme en la obra que he emprendido? Y luego piense usted en nuestros hijos, monseñor, en esos pobres muchachos a quienes mi partida sumiría en la desesperación... Hace más de ocho años que vivo para ellos, que me sacrifico... en una edad en que de ordinario no se renuncia todavía a ser mujer.

OBISPO Es usted joven, señora.

LEON. No; pero a pesar de ello he sufrido mucho. Y si hoy pido, como recompensa, el permiso para vivir con aquellos por quienes lo di todo, me parece que no es ser muy exigente. ¡Oh! No me niegue usted esto, monseñor; usted puede hacerlo.

OBISPO ¿Yo solo?

LEON. Sí, usted; porque con la condición que usted nos impone, Agat no se casará con su sobrino.

OBISPO Esté usted segura de que lo lamentaría mucho, señora.

LEON. Me he apresurado a venir a verle a fin de que Agat no sospeche nada. He traído su carta; tómela usted, monseñor. *(La busca y no la encuentra.)*

OBISPO *(Fijándose en su turbación.)* ¿Qué le pasa a usted?

LEON. ¡La carta! La había dejado en mi mesa escritorio para cogerla antes de partir, y en mi precipitación la he olvidado. ¡Oh, Dios mío! ¡Esa carta!... ¡Y Agat que escribe siempre en mi mesa!... Va a ver la letra de usted..., sospechará algo...; figúrese usted, le esperábamos todos los días... ¡Oh! ¡Esa carta, esa carta!...

OBISPO ¿Qué quiere usted que haga yo? No veo el medio...

LEON. *(Con emoción.)* Sí, sí, Agat va a venir de un momento a otro... Sí, desde luego, porque cuando la lea lo comprenderá todo, sabrá que estoy

aquí y entonces... Usted mismo podría verla decirla que... *(Deteniéndose.)*

OBISPO ¿Decirla qué?

LEON. Decirla: «Hija mía, me he equivocado; no debe juzgar a los hombres por sus faltas, si con arreglo al bien que nos han hecho y la i tención que han tenido al hacerlo.» *(Reparan que la abuela se interesa en lo que está dicie do.)* Vea usted; su madre, que es una dignísir dama, le suplica también por mí. Es de u época en que había más tolerancia que en nuestra; encarna la experiencia de una ex tencia dilatada, empleada en hacer el bien, y dice a usted conmigo: «Sé indulgente.»

OBISPO *(Con frialdad.)* Hay una indulgencia culpable, s ñora, y es la que suprime la diferencia entre mal y el bien. Esta se conocía ya en los tie pos de mi madre. Eso no quiere decir que deba imitarla.

LEON. *(Se aparta de la abuela.)* Si yo he faltado, mons ñor, acuérdese usted que sirve a Aquel que e el amigo de los caídos.

OBISPO Yo seré el suyo, señora, el día en que ven usted a mí arrepentida, para la salvación de alma.

LEON. Sólo le pido ayuda para reconquistar mi pasad monseñor, y para usted es eso muy poca cos Ya lo verá usted; haré todo lo posible para p sar inadvertida; sólo le pido una cosa, y es obligarme a partir, no arrojarme el desprecio rostro... ¡Oh! Créame usted, ningún odio alzaría contra usted y tendría el reconocimien eterno de dos jóvenes, que le bendecirán por que ha hecho usted por ellos.

OBISPO Me produce gran pena, créalo usted, señora, situación en que me veo colocado con respec a usted, porque verdaderamente no sé lo qu deberá pensar de mí; pero reflexione que h detrás de mí millares y millares de concienci que me observan. Y yo no puedo, ni siquie por mi sobrino, defraudar la confianza, el respe que todas esas personas tienen por mí. Es dem

siado para estos tiempos de prueba y tribulaciones que sufre nuestra iglesia haber abierto las puertas de mi casa a su sobrina, pero yo no quiero, no puedo abrirlas ante una mujer que toda la población, aunque sin razón, lo admito; pero, en fin... ¡Oh! Dispénseme usted, señora, tengo miedo de molestarla...

EON. *(Irónicamente.)* ¿De veras?

BISPO Tenga usted la persuasión de que padezco más, señora, desde que la conozco. *(La abuela se levanta y se dispone a salir.)*

EON. ¿Se marcha usted? *(El obispo se precipita sobre el timbre.)*

BUEL. Sí; soy demasiado vieja para contestar a todo esto. Y después de todo lo que acabo de oír, no me queda apenas otra cosa que hacer que retirarme. *(Entra Cornelia y le ayuda a salir.)*

EON. *(Avanzando hacia él.)* Monseñor, es cobarde lo que hace usted. Bien ve que no debiera hacerlo, pero no se atreve.

BISPO Es usted una mujer, señora, y sólo me resta callarme.

EON. *(Con indignación.)* ¡Una mujer! ¡Oh! ¡La disculpa obligada! ¿Es que eso le ha impedido hasta ahora decirme cosas que... no hubiera usted dicho ni aun al general Rosen, por ejemplo, un hombre que, a pesar de su pasado y de su presente, es aquí bien recibido?

BISPO Esté usted tranquila, porque no volverá más a esta casa. De todos modos, reconocerá usted que hay alguna diferencia.

ON. ¿Diferencia? Desde luego; pero no era así como yo la entendía. Yo creía que su puesto estaba al lado del débil contra el más fuerte, de parte de los que se acusa injustamente contra los que se vanaglorian de sus vicios.

BISPO *(Con frialdad.)* ¿Cree usted que de esta conversación pueda...?

AT *(Abriendo la puerta del fondo, queda parada en el dintel un momento.)* ¡Tía, tía!

ON. ¡Cielos, Agat!

AGAT ¡Tía!

LEON. ¿Luego...? *(Agat se arroja en sus brazos.)* ¡Oh, pobre hija, pobre niña querida! *(Pausa.)*

AGAT Ya me figuraba que estabas aquí... ¡Dios mío!

LEON. ¡Ea, valor, sosiégate!

AGAT ¡No, no puedo; esto es demasiado para mí!

OBISPO Ustedes querrán quedarse solas, ¿verdad?

AGAT ¿Dónde está Hagbart?

OBISPO Salió hace poco.

AGAT ¡Qué rabia! ¡Qué vergüenza! ¿De modo que a ese precio me ofrecía usted entrar en su familia? ¿Sacrificar, vender a mi segunda madre? ¡Ella, a quien amo y respeto más que a todo en el mundo!

OBISPO *(A Leonarda.)* Creo, señora, que no debemos proseguir.

AGAT ¿El qué? ¿Su comercio? ¡Oh, no! Aun cuando quisiera usted conducirme al cielo, no querría ir a ese precio.

OBISPO ¡Hija mía!

AGAT ¡Oh! Déjeme usted hablar. Si yo atraigo a otros hacia mí es porque los amo, y cuando yo amo es con toda mi alma y para siempre.

OBISPO Es usted joven y habla como acostumbra hacerlo la juventud. Pero creo que es más conveniente para ambos no pasar de adelante; por lo demás, ¿de que serviría esto?

LEON. ¡Vámonos!

AGAT *(Que antes que nadie ha visto a Hagbart en la puerta de la derecha.)* ¡Hagbart! ¡Tú!

HAGB. He oído tu voz y he venido. Señora...

AGAT ¡Hagbart! *(Se dirige hacia él, pero cuando quiere recibirla en sus brazos se detiene como asustado.)* ¡No, no me toques!

HAGB. ¡Pero Agat!...

AGAT ¿Por qué no impediste todo esto? ¿Por qué no hablaste?

HAGB. Porque no sabía nada, te lo aseguro.

AGAT ¿Es que hay necesidad de saber? ¿Es que estas cosas no se adivinan cuando se ama? ¿Es que hace poco no lo sabías ya?

HAGB. Sí, pero...

AGAT ¿Y no has corrido a decírmelo?

HAGB. Es verdad, pero...

AGAT ¡Ah! Tú tienes otros pensamientos. ¡Y yo que he vivido con la sola idea de olvidarlo todo, de reparar un día!... ¡Y yo que creía que tú!...

HAGB. ¡Eres injusta, Agat! Porque, ¿qué quieres tú que yo...?

AGAT ¡Ah! Siempre tus sueños. Pero tú debes comprender bien, sin embargo, que mi felicidad no puede existir con esa vergüenza; que esto es imposible, insensato.

HAGB. Indudablemente, pero ¿qué importa? ¿Es que yo no puedo irme con vosotros y...?

AGAT ¡Oh! Eso no sabemos quién puede hacerlo.

LEON. ¡Pero Agat!...

AGAT Sí, mi alma está herida, torturada, destrozada. Sí, es necesario que lo diga; es preciso que lo publique, porque no es desde hoy, y no es solamente por esto por lo que sufro...

LEON. Ya lo sé. Pero decirlo eso es ofender su amor. Agat.

AGAT *(Con ironía.)* ¡Su amor!...

LEON. ¡Oh! Estás loca, Agat, loca rematada.

AGAT No, no lo estoy.

LEON. *(Aparte a Agat.)* ¡Qué es eso! ¿Le insultas? ¿Vosotros, que en lo más profundo de vuestros corazones habéis cambiado vuestras almas?... ¿Tú, que conoces su fidelidad, su amor? ¿Tú, que sabes lo que es él?...

AGAT ¡Oh! ¡Calla, calla! ¿Luego no has visto nada?

LEON. Te repito que estás loca, Agat. Esto es una vergüenza.

AGAT ¡Una vergüenza! Si existe no es por mi parte. ¿Es decir, que, por lo visto, no comprendes nada? ¿Pero no has notado que no es a mí a quien ama..., que es a ti, ¡a ti!, a quien adora? *(Lanza un grito y se oculta.)*

OBISPO *(Aparte.)* Creo que ya no te queda más remedio que partir, Hagbart.

HAGB. Sí.

OBISPO Ven. *(Se van por la izquierda.)*

AGAT (*Después de larga pausa.*) ¡Tía! ¿Me perdonas lo que he hecho?

LEON. Volvamos a casa.

AGAT ¡Oh! ¿Pero es que ya no me quieres?

LEON. Déjame.

AGAT ¡Oh! No te marcharás de aquí.

LEON. ¡No puedo!...

AGAT ¡Tía, tía! ¡Pero si es que yo no tengo celos de ti!

LEON. ¡Cállate!

AGAT ¡Oh! Déjame que me vaya por unos días; déjame reflexionar, que vea claro en mí misma. (*Llorando.*) Tía, tía: vamos, dímelo: ¿le amas tú? (*Leonarda quiere irse a viva fuerza.*) Pues lo que es yo, no le quiero ya. Te lo juro, querida tía; si tú le amas..., quédatelo.

LEON. Pero, en nombre del cielo, cállate, por lo menos aquí. Si no quieres venirte a casa, me iré yo sola.

AGAT Haz lo que quieras, pero no volverás a verme más en la vida.

LEON. ¡Estás loca!

AGAT Sí, loca si lo deseas. ¿Pero cómo quieres que viva, cuando veo que me odias, cuando no sale de tus labios ninguna palabra cariñosa para mí? (*Esperando.*) Vaya, adiós, y que seas muy dichosa... Tía...

LEON. ¡Agat!

AGAT ¡Qué!

LEON. Volvamos a casa.

AGAT Como quieras.

TELÓN

ACTO TERCERO

ırdín en casa de Leonarda. A la izquierda, un cenador con una mesa y sillas. Sobre la mesa, una cesta casi llena de manzanas.

.EON. Pues bien, puesto que no necesita usted aquí los caballos, mande que enganchen en seguida y que vayan a buscar a la señorita. Habrá tiempo antes de la tarde, ¿eh?

'EDER. Sí, señora.

.EON. Bien. Dígale usted a Hans que enganche el landó al punto y que vaya a recoger a la señorita a la granja. Hace ya mucho frío para que continúe allí.

'EDER. Voy en seguida, señora. *(Se dispone a marchar.)*

.EON. ¡Ah! A propósito, Pedersen. ¿Y aquella famosa..., ya sabe usted a qué me refiero, a lo que hablábamos el otro día?

'EDER. ¡Oh, señora!

EON. Venga usted esta tarde a casa y volveremos a hablar del asunto, si le parece.

EDER. Con mucho gusto, señora.

EON. Estos días no he podido ocuparme de nada: hace más de una semana que tengo infinidad de cosas en la cabeza.

EDER. Sí, ya nos hemos fijado todos en que la señora está muy preocupada.

EON. ¿Qué quiere usted? Cada uno tiene sus cavilaciones. *(Pedersen espera, pero viendo que Leonarda se pone a coger manzanas de un árbol pequeño y a ponerlas en el cesto que ha tomado de la mesa, se retira por la izquierda.)*

AGB. *(Entra por la derecha y se detiene un momento sin ser visto.)* Señora...

LEON. *(Lanza un ligero grito de sorpresa.)* ¡Usted!
HAGB. Le pido perdón, señora. La he buscado por todas partes... y hace muy poco que he vuelto.
LEON. Agat no está aquí.
HAGB. Ya lo sé. ¿Y ha permanecido ausente todo este tiempo?
LEON. Sí.
HAGB. ¿Y... cuándo volverá?
LEON. He mandado enganchar para que vayan a recogerla, así es que creo que estará de regreso mañana por todo el día o pasado, a más tardar.
HAGB. Gracias... ; pero a quien tenía que hablar era a usted, señora.
LEON. ¿A mí? ¿Respecto a Agat?
HAGB. Sí ; de ella también.
LEON. ¿Pero... no podría usted volver mañana o...?
HAB. Señora, he venido directamente del barco aquí y usted comprendará que...
LEON. Pero supuesto que se trata de Agat y ella no está aquí..., no veo...
HAGB. Es que lo que tengo que decirle respecto a Agat es muy breve, y es que ella... tenía razón... y que yo mismo no sabía...
LEON. ¡Dios mío!
HAGB. *(Que apenas puede hablar.)* Que no amo a Agat.
LEON. ¡Pero si Agat le ama a usted, si ella...!
HAGB. Ella me ha demostrado que no me amaba, lo sé. Además, ha debido decírselo a usted, ¿verdad?
LEON. ¡Dios mío! Agat estaba... demasiado excitada...; muy emocionada y ni ella misma sabía...
HAGB. ¿Luego es cierto que lo ha dicho? Así me lo figuraba ; estaba seguro ; pero si Agat no me ama, a usted la quiere con toda su alma y su felicidad le es más cara que todo el mundo.
LEON. Me parece que si usted no ama ya a Agat ni ella le quiere a usted...
HAGB. Así es.
LEON. Pues si es así, ¿qué viene a buscar aquí?
HAGB. Acaso tenga usted razón, señora, pero han pasado tantas cosas en estos días... Además, no vine aquí por eso.

LEON. ¡Qué me importa! Le repito que si usted no ama a Agat no tiene más que salir de aquí, aun cuando sólo lo haga por consideración a mí y a ella.

HAGB. Le juro a usted, señora, que si estoy aquí a esta hora es debido únicamente al interés que usted me inspira.

LEON. *(Que ha permanecido hasta entonces cerca del árbol.)* Pues bien, quien se irá entonces seré yo.

HAGB. ¡Oh! Usted no hará tal cosa.

LEON. ¡No le conozco a usted!

HAGB. ¡Dios bendito! En verdad no soy ya el mismo, y apenas tengo respeto por lo que era ayer... Pero ¡cuánto tiempo ha sido necesario para cambiar todo esto!

LEON. *(Alarmada.)* ¡No le comprendo!

HAGB. *(Acercándose a ella y en voz baja.)* Usted no «quiere» comprenderme.

LEON. *(Ocultando el rostro entre las manos.)* ¡Oh! ¡Calle usted, calle usted!

HAGB. ¡Su mano tiembla!

LEON. Se equivoca usted.

HAGB. ¡Oh! Es en vano que niegue usted, que se resista a la pasión infernal que nos ha arrojado en brazos uno del otro.

LEON. ¡Calle usted, calle usted! Hasta ahora he resistido y quiero resistir hasta el fin.

HAGB. ¿Pero es que estaría yo aquí, si no fuera por nuestra felicidad, si no fuese porque me ahoga la fuerza de la verdad? He luchado con denuedo y he tenido que ceder, palmo a palmo, para recobrar mis energías, procurar ver claro en mi interior y luchar de nuevo..., héme aquí, para continuar juntos lo que yo comencé solo.

LEON. ¿Para qué?

HAGB. *(En voz baja.)* Yo la amo, es a usted a quien amé en ella desde el primer día... ¡Yo la amo a usted!... ¡Te amo!

LEON. *(Emocionada.)* Pues entonces tenga usted piedad de mí... y márchese.

HAGB. ¡Leonarda!

LEON. ¡Oh, no, no! Por favor, se lo ruego... *(Se aleja de él.)* ¡Pero por qué ha llegado todo esto!

HAGB. Por su culpa; todo se ha producido lentamente, invenciblemente, a pesar nuestro, por la fuerza de las cosas, que los obstáculos han duplicado... Pero no piense usted en ello; que sólo sirva para su felicidad, como yo mismo soy diehoso, Leonarda.

LEON. Yo no merezco la felicidad: no la he esperado jamás.

HAGB. ¡Oh! Vea usted: yo no sé lo que ha hecho usted para ser lo que es al presente, tan hermosa, tan buena, tan admirablemente deliciosa y divina...; lo único que sé es que si los demás no la hubiesen juzgado con tanta severidad, jamás hubiera podido amarla ni apreciar sus cualidades.

LEON. Gracias; los hombres no comprenden esto. No comprenden que un joven ame a una mujer de más edad que él, y cuando...

HAGB. ¡Qué me importan a mí los demás! ¿Acaso me he ocupado yo de ellos hasta ahora? Es a usted, a usted sola a quien interrogo yo.

LEON. Y yo le respondo que lo que el mundo soporta a veces de un hombre, no lo perdonaría jamás a dos seres que se amasen. Y llegaría un día en que acabase con nuestro amor, y entonces...

HAGB. ¡Al escucharla me siento tan ruin, tan tímido, tan torpe! Estoy convencido de ello; pero ¡si usted supiese!... Desde el momento que sentí que era a usted a quien amaba, no ha existido ya nada más en el mundo para mí; todo residía en usted: la vida entera era usted; ¡es usted! Por eso no comprendo lo que me dice ahora. ¿Con que cree que yo pueda hastiarme de usted? ¿Cree usted que con el tiempo llegue a...? ¡Oh, Leonarda!

LEON. *(Con tristeza.)* Ahora..., no; más adelante..., ¿quién sabe? Tiempo vendrá...

HAGB. Sí, tiempo de prueba; un tiempo de resplandecimiento de amor en toda su plenitud y su luz, ¿no es eso? ¿Y es que no ha llegado ya? ¿Es

que no estoy, por esa causa aquí, cerca de usted, a sus pies? Acaso sea preciso combatir. ¡Qué importa! Que venga la lucha; no crea usted que me espanta. ¡No! Usted es libre, yo soy libre; el porvenir está en nuestras manos.

LEON. Pero usted olvida que yo soy vieja.

HAGB. ¿Usted?

LEON. Y celosa... y molesta; y usted un joven entre los jóvenes, un ser feliz entre los más felices.

HAGB. ¡Calle usted! Su alma es más joven todavía que la mía. Usted no cambia ni cambiará jamás. Siempre la misma y siempre joven; siempre adorable y fascinadora, ante quien todos se inclinan, como en éxtasis y asombrados. ¡Oh! Yo la he comprendido, la he comprendido por completo, como la he amado. Yo quiero ser el primero y único en tu alma, tu amo y tu esclavo... Una fuerza invencible me ha arrojado hacia ti, y aunque es en vano que me esfuerce en comprenderte, jamás, jamás podré hastiarme de ti.

LEON. *(Que apenas puede hablar.)* ¡Oh, tenga usted cuidado, Hagbart! Todo eso es muy bonito; es como a veces, en la primavera, cuando la brisa embalsamada sopla y nos embriaga... y nos mata.

HAGB. *(Cogiéndola entre sus brazos.)* ¡Oh! Tú me amas, lo sé; tú me amas..., lo sabía desde hacía tiempo ya..., y hace poco, cuando entré, comprendí que me pertenecías por completo. Ya ves que el amor es toda tu vida; tú has sido hecha para amar, como el pájaro para cantar, como yo para decírtelo... ¿Qué decepciones has experimentado tú? ¿Qué ruinas inmensas se han producido, pues, en tu corazón para que el día en que el amor se ofrece a ti vaciles y tiembles?

LEON. *(Balbuceando y retrocediendo.)* ¡No, nunca... jamás había pensado en ello..., jamás había osado creer... que usted me amase!

HAGB. Sin embargo, mientras hablábamos, ¿nunca pensó usted?

LEON. ¡Oh, sí, sí!

HAGB. ¿Y eso no prueba que...?

LEON. Sí, es verdad, no puedo negarlo. ¡Oh! *(Sollozando.)*

HAGB. Pues entonces, ¿a qué ese temor?

LEON: ¡Si yo misma no lo sé! El temor de todos estos días de angustias, de todas estas noches pasadas sin dormir... ¡Oh!

HAGB. *(Con mucha dulzura.)* ¿Pero por qué martirizarte tú misma, Leonarda? Eso es bueno para los demás, pero no para nosotros.

LEON. Sí, pero ¿sé yo acaso?... He tenido miedo; quería detenerte, ya te he dicho lo que pensaba, y nada más. Pero tiene usted razón..., eso no es verdad... ¡Oh! ¡Dios mío! *(Vacila y va a caer.)*

HAGB. *(Acercándose a ella.)* ¡Leonarda!

LEON. ¡Oh, no se acerque, déjeme usted!

HAGB. ¿Cedes a tu pesar y... tiemblas todavía? ¡Leonarda!

LEON. No; hay en esto algo de inicuo...

HAGE. ¿Inicuo? ¡Pero si no ha sido tuya la culpa! ¡Si ha sido la misma Agat la que me ha arrojado en tus brazos!... Pero reflexiona tú misma y verás que era inevitable; que de una u otra manera era necesario que ocurriese esto.

LEON. No son palabras lo que necesito. Es preciso, Hagbart, que yo vea a Agat, que le hable.

HAGB. ¿Pero no lo has hecho ya? Además, puesto que es a ti a quien amo y no a ella..., ¿qué más necesitas?

LEON. Quiero tener tiempo de reflexionar..., de ver... No quiero entregarme así..., perder de repente este dominio sobre mí misma que he adquirido durante diez años de luchas y sacrificios. Eso constituía mi vida, mi orgullo y ahora no puedo ya... Cuando tú hablas, cada palabra de tu alma invade mi alma entera. ¡Oh! ¡Si existe alguna felicidad en la tierra, es seguramente la de sentirse conquistada así, poco a poco, pensamiento por pensamiento, en una atracción infinita y divina! Pero algo me preocupa, siento en mí no sé qué temor que me detiene... ¡Oh, no me contestes, no me hables!... Ejerces demasiado poder sobre mí, porque te amo..., te amo con

toda mi alma, con todas mis fuerzas, porque tú solo has comprendido la necesidad inmensa de amor que invadía mi alma, y que yo me moría de sed de amar. Y ahora que ese amor se ha apoderado de mí, me pesa como si fuese una traición que le hago a mi niña.

HAGB. ¡Pero si no lo es, Leonarda!

LEON. ¿Lo sé yo misma, acaso...? Dame tiempo para reflexionar, para ver... Tengo miedo. Tengo miedo de todo el pasado, que se me representa a a la vez, y me causa espanto: tengo miedo hasta de la misma inmensidad de mi amor hacia ti. Tengo miedo de arrastrarte conmigo en un principio... ¡Oh, no me contestes..., no me toques... ¡Hagbart!, ¿me amas?

HAGB. ¡Sí, te amo!...

LEON. Pues entonces sálvame: sálvame de ti, sálvame de mí misma. Parte, sé generoso. Déjame gozar de la dicha de esta victoria, del placer de verte grande, por encima de todo. ¡Qué importa que los demás no me comprendan! Yo te lo pido, te lo suplico. ¡Parte!

HAGB. ¡Leonarda!

LEON. ¡Parte! Permanece alejado de aquí hasta que te escriba. No durará esto mucho tiempo, vete. Acepta esta prueba con paciencia y acuérdate de que te amo... ¡Oh! No, no, te lo suplico, no me digas nada..., ni una palabra...; ante ti no tengo fuerzas, no puedo más, vete. *(Se dispone a marcharse Hagbart.)* ¡Hagbart! *(Este se detiene.)* ¡Habgart! *(Lentamente y como si la voz le faltase.)* Lo que tú me has dicho hoy es la palabra más dulce que había oído en toda la vida; pero que tengas también el valor de partir, de partir ahora que acabo de decirte que te amo... ¡Oh!, eso es más grande que todo... ¡Vete! *(Se aleja lentamente.)* ¡Hagbart! *(Con debilitada voz.)* ¡Te amo! *(Vase Hagbart.)*

LEON. *(Queda sola algunos instantes, muy emocionada, dando paseos por la escena y deteniéndose. Pausa. Luego se aproxima a la ventana y de pronto lanza un grito.)* ¡Agat!

AGAT (*Desde fuera.*) ¿Estás ahí?

LEON. ¡Hija mía! (*Sale corriendo y vuelve a poco abrazando a Ágat.*) ¡Pero cómo! ¿Has regresado pie?

AGAT ¡Todo el camino! (*Tiene la mano sobre el sombrero, que acaba de soltar; está muy encarnad y cubierta de polvo, como cuando se vuelve d un largo paseo. Lleva a la espalda un saquit que se quita.*) Me he lavado en un arroyuelo en el bosque, y me he peinado y arreglado com he podido.

LEON. ¿Y has pasado la noche al aire libre?

AGAT ¡Eso no! He dormido un poco en Opsal; per esta mañana, al salir el sol, he vuelto a emprender la caminata. ¡Oh! ¡Si vieras lo hermosa que es la naturaleza por aquellos sitios

LEON. ¡Y yo que acabo de hacer enganchar para qu fueran a recogerte!

AGAT Eso no le hace: el carruaje me traerá los equipajes. Pero, para que lo sepas, tía, no podí esperar más.

LEON. ¡Y traes buena cara!

AGAT Eso es del sol; ¡hacía hoy un calor!...

LEON. ¿Y... cómo estás?

AGAT ¿Quién, yo? Muy bien; todo aquello ya pasó y ahora está olvidado. Y a propósito, he recibid una carta de la abuela.

LEON. ¿Era la que te envié de aquí? No pude conoce la letra del sobre.

AGAT Sí, era de ella. Pues la he leído y voy a leértel a ti también; oye.

LEON. Vamos a ver.

AGAT (*Leyendo.*) «Mi querida niña; hace ya muchos años que no he escrito y, por lo tanto, como verás, he perdido ya la costumbre. Pero Hagbart ha partido y es preciso que yo me vaya también. No te disgustes, hija mía; una vez os marchéis, yo me iré a vivir con vosotros.» ¿Esperabas esto tú, tía? (*Se arroja a su cuello. Pausa.*)

LEON. Pero...

AGAT ¿Qué? Ya comprenderás bien que esto no tiene

nada que ver conmigo..., puesto que se trata de ti.

LEON. ¿De mí? Es de ti con Hagbart. ¿Cómo os hallais ahora?

AGAT *(Con indiferencia un tanto afectada.)* ¡Oh! ¡Que cómo estamos! ¡Dios mío! Escucha, te voy a contar lo que ha pasado. Porque ahora, como ves, estoy ya tranquila. Pero, ¿por qué tomas la cosa con tanta seriedad? ¿No ves que no la merece? Vamos, sentémonos y charlemos. *(Se sientan sin dejar de hablar.)* ¡Oh! ¡Cuidado que resulta bueno el sentarse después de una caminata como ésta! Verás; todo ha ocurrido de improviso, sin darme yo misma cuenta. Ea, vamos, no me hagas ahora una figura ridículamente triste porque te diga esto; porque te aseguro que todo ha terminado entre nosotros. En el fondo, viene mi resolución de una comedia que un día leí.

LEON. ¿De una comedia?

AGAT Sí, ya te acordarás: una comedia de Scribe, que leímos juntas y que se titula «Batalla de damas».

LEON. ¡Ah, sí!

AGAT Pues bien; si recuerdas, había en esa obra un joven, Enrique Flavigneul, me parece. Tenía que elegir entre una mujer adorable, que le amaba con locura, que estaba dispuesta a dar su vida por él, y una jovencita bastante tonta—porque, si te acuerdas bien, no me negarás que no fuese tonta, por no decir algo más—, y puesto en el dilema de decidirse se pronunció por aquella chiquilla insignificante y se casó con ella. Evidentemente, eso no hablaba apenas nada en su favor, y... *(Agat, hablando, hablando, se ha sentado suavemente en un cojín, a los pies de su tía.)* No, no, si te aseguro que estoy mejor así, estoy más cómoda. Y además, en esta forma no podrás mirarme como me miras. Pues bien; hubo un día en que comprendí que tú podías ser muy bien aquella mujer, y que la jovenzuela pensionista insignificante, de cabellos rizados no era otra, en el fondo; que... *(Vivamente.)* Sí, sí. Pero, ya

lo sabes: Hagbart no es como el otro. Y luego, yo no sé cómo me acordaba de todo lo ocurrido..., la solicitud de Hagbart con respecto a ti, desde los primeros días, la especie de soledad en que me dejaba y que sólo interrumpía para venir a hablarme de ti... Y todo esto me torturaba a mi pesar, me volvía loca. Eran inútiles mis esfuerzos; noche y día me perseguía aquel pensamiento, me atormentaba sin descanso y sentía cómo mi alma se destrozaba con sólo veros juntos. Yo debiera tener vergüenza de confesarte estas cosas, porque, en el fondo, era muy natural que no se cansase de hablar contigo. *(Tranquilizada.)* ¡Pero si yo mismo no me canso nunca!

LEON. Agat, no comprendo adónde vas a parar.

AGAT Paciencia. No, no me mires así, hazme el favor. Por otra parte, ahora ha concluído ya todo.

LEON. ¿Concluído... el qué?

AGAT ¡Pero, Dios mío, ten calma! ¡Tú eres todavía más impaciente que yo, palabra! Te cuento todo esto para que no me creas peor de lo que soy. ¡Oh! Si tú supieras cuánto he hecho para luchar contra..., no me atrevería, no podría decirte contra qué... Y eso me mataba. Durante el día me podía dominar bastante y aparecía alegre, dichosa...; me areglaba para que no me vieses nada, para que no sospechases nada..., pero la noche era horrible. En fin, un día tuve el valor de decirme lo siguiente: ¿Qué perjuicio podía hacerme, después de todo, porque él te amase más que a mí? ¿Es que tú no valías más que yo? ¿Y qué dicha no sería para mí el haberte encontrado un marido que tú pudieses amar, y dártelo?

LEON. ¡Oh, mi querida Agat!

AGAT Y, sin embargo, a veces me daba sentimiento, tenía pena; los sollozos subían a mi garganta: me decía que era una loca al sacrificarme así... y luego, otras veces, volvía a la razón, al buen camino y pensaba: Ya que mi felicidad consiste en esto, ¿por qué no he de sacrificarla? ¿Acaso es demasiado devolvérsela, a cuenta de todo lo

que ella hizo por mí? Y puesto que él no me ama, ¿por qué no he de matar en mí su amor? Sería cobardía no poder hacerlo. ¿Qué hacer, si no, con una persona que no me amaba?

LEON. ¡Oh, Agat mía! ¡Si supieras cuánto te admiro, cuánto te quiero, lo orgullosa que estoy de ti!

AGAT ¡Oh, tía! Jamás como hasta entonces había comprendido lo que eras para mí. Me parecía que si alguna vez llegaba a realizar algo grande y noble en la vida, lo debería a tu inspiración...; Pero yo no quería que tú vieses mi sacrificio, quería que no me oyeses ni un suspiro, ni un sollozo... y siempre pensaba en ti: ¡comprendía tan claro que en mi lugar tú te hubieras sacrificado por mí...! *(Leonarda parece protestar.)* ¡Oh! ¡Sí, sí, puesto que ya lo has hecho; puesto que...!

LEON. ¡Agat!

AGAT ¡Pero te has puesto muy triste! ¡Mírame a mí lo dichosa que soy! En fin, ya ves que todo esto...

LEON. Sí, pero el final...

AGAT ¿El final? Ya lo conoces; es decir, no, no. Y te lo voy a referir, porque de otro modo no comprenderías el por qué me he conducido así; escucha: Como ya te he dicho, yo estaba siempre cavilando, buscando el medio de hacer la dicha de los dos, y sin hallarlo, sin atreverme a hablar... ¡Y Hagbart, que no veía nada, que no quería ver nada!... Sentía que me volvía loca... Entonces—y mira cómo las cosas son graciosas algunas veces—, cuando vi las condiciones que se te querían imponer, cuando vi que se quería hacer mi felicidad a costa de la tuya..., entonces no sé, eso fué superior a mis fuerzas, se hubiera dicho que alguna cosa me impulsaba, perdí la cabeza, viendo que Hagbart no había tenido el valor de impedir aquello y me fuí allí... ¡Oh! Tú misma has visto bien cómo concluyó aquello...; mis escándalos, mis gritos... Hagbart, ofendido..., y tú misma en la desesperación... Y después,

todo se apaciguó... ; tú comprendiste..., donaste... y me fuí lejos.

LEON. ¡ Lejos !

AGAT ¡ Oh, allí he reflexionado mucho ; he re do en todo lo que me había dicho Hagba do volvimos juntos, y todo resurgió en moria ! Y luego, toda esa maravillosa leza, todo ese aire puro, esos inmensos en que he vivido allá en la granja, gran lago, casi siempre en calma, toda quilidad de aquella soledad y de esas n y lentamente sentía que aquello se cerrat

LEON. ¿Se cerraba?

AGAT Sí, todo mi dolor, que poco a poco se Ya no sentía nada ni contra Hagbart n ti. Estaba segura que ninguno de los había querido causar la menor pena..., aquello había ocurrido, pero no lo habí sionado vosotros, y me sentía tan dich feliz... ¡ Si tú supieras cómo yo le amo Luego llegó la carta de la abuela y...

HANS *(Entra sin reparar al principio en Agat.* si es la señorita !

AGAT *(Levantándose.)* ¿Iba a ir usted a busc

HANS Sí, pero me alegro en el alma de volverl

AGAT Gracias.

HANS Entonces, ¿puedo desenganchar?

AGAT Sí, pero hay que traerme el equipaje, quedado allí.

HANS Está bien, se recogerá... Pero ¿qué le a la señora?

AGAT ¡ Tía ! ¡ Dios mío ! ¿Qué tienes?

HANS La señora no está bien de poco tiempo parte.

AGAT Sí, sí... ¡ Tía ! ¿Quieres que vayan...? tía mía, dice qué te pasa...

HANS ¿Voy a avisar...?

LEON. *(Que parece hallarse mal.)* No, no e Agat... ¡ Dios mío !... ¿Quieres buscarm

AGAT ¡ Ah, sí ! ¿El frasco de la etiqueta en

LEON. ¡ Sí, tráemelo ! *(Vase Agat.)* ¡ Hans ! Vet

del general y dile que tenga la bondad de venir en seguida.
Sí, señora.
¡ Hans !
¡ Señora !
Coge el coche, porque es posible que el general no esté en su casa, y es preciso que lo busques por todas partes y lo traigas en el carruaje.
Voy, señora. *(Vase.)*
(Entrando.) Aquí lo tienes, tía.
Gracias, ya me siento mejor.
¿Pero qué es lo que tenías?
¡ Oh, nada ! Algo que me da de vez en cuando, entre el estío y el otoño.

TELÓN

ACTO CUARTO

En casa del Obispo; es de noche y están encendidas las luces.

(El Obispo y Leonarda entran en escena; Leonarda, en traje de viaje, con un guardapolvo al brazo y un maletín en la mano. El Obispo va a desembarazarla de aquellos objetos, pero ella los coloca sobre un velador al entrar.)

LEON. Le ruego que me perdone, monseñor, si vengo a molestarle tan tarde, pero no ha sido culpa mía... ¿No está su sobrino?

OBISPO No, señora; pero le espero de un momento a otro; ya ha venido dos veces hace un rato, sin haberme encontrado.

LEON. Es que quisiera terminar antes de que llegue.

OBISPO Entonces será mejor que me avisen cuando vuelva.

LEON. Sí, me parece bien; gracias.

OBISPO *(Tocando el timbre.)* La abuela me ha dicho que había estado hace poco en su casa, tan pronto regresó. *(A la craida que aparece.)* Tenga usted cuidado cuando vuelva mi sobrino para avisarme en seguida. *(Vase ella.)*

LEON. ¿Y... su sobrino ha hablado con su abuela?

OBISPO Sí.

LEON. ¿Al volver de...? *(Deteniéndose.)*

OBISPO Al volver de su casa, sí.

LEON. ¿Y... usted le ha hablado?

OBISPO Le he visto muy emocionado y no le he preguntado nada; su abuela tampoco me ha dicho una palabra... Pero creo que le ha hablado a usted, ¿eh?

LEON. Sí.

OBISPO ¿Y usted?...

LEON. Ya lo ve usted; aquí estoy.

OBISPO ¿Y se va usted de viaje, a lo que parece?

LEON. Sí, monseñor. Ha conseguido usted lo que deseaba.

OBISPO ¿Y por lo visto desea usted que no se sepa?

LEON. Ni el uno ni la otra; únicamente la persona que me acompaña y usted. Me voy esta noche en barco.

OBISPO *(Mirando el reloj.)* Pues no tiene usted tiempo que perder.

LEON. Monseñor, antes de partir quisiera entregarle una carta.

OBISPO ¿Para su sobrina?

LEON. Sí, para Agat, a quien debo todos mis bienes.

OBISPO ¿Todos sus bienes? ¿Pues no me decía el otro día?...

LEON. ¡Oh! Para viajar ya tendré lo suficiente. Y después, me bastaré yo misma para atender a mis necesidades.

OBISPO ¿Y Agat? ¿No quiere usted esperar a que vuelva?

LEON. Agat ha regresado esta mañana del campo y está en casa y se prepara para descansar; pero he enviado mi carruaje a buscarla y estará aquí dentro de pocos minutos. Venía a pedirle que la recibiese usted, monseñor; nadie más indicado que usted.

OBISPO Descuide usted, señora; la recibiré en mi casa, esté tranquila por ese lado. Comprendo cuánto debe costarle a usted todo esto.

LEON. ¿Y puedo esperar que hará usted todo lo posible porque los dos sean dichosos?

OBISPO Sí; pero puesto que los dos no se aman...

LEON. Puede ser que Hagbart no quiera a mi sobrina; pero Agat sí que le ama, y puesto que los dos me quieren..., cuando yo haya partido, cuando sepan que mi único deseo es el de verlos unidos, es posible que en su común amor hacia mí encuentren la fuerza para amarse. Reflexione usted que son jóvenes, ¡y es tan fácil amar en la juventud!...

OBISPO Crea usted, señora, que he de hacer cuanto pueda por mi parte.

LEON. Gracias. Y ahora... un último ruego: consienta usted que la abuela se vaya a vivir con Agat o que Agat venga aquí, como ellos quieran, para permitir a mi sobrina que la cuide tanto como la ama. Hagbart quiere demasiado a su abuela para no separarse nunca de ella. De esta manera estarán juntos y la anciana realizará la obra que yo había soñado.

OBISPO Señora, me parece excelente su idea, y sólo me sorprende una cosa: que halle usted todavía en estos momentos el valor de pensar en todo esto.

LEON. ¿Estará todavía levantada la abuela?

OBISPO Sí; acabo de verla. Hagbart la ha puesto en conmoción hace rato, y a su edad, como usted comprenderá, ¡es necsaria tan poca cosa para trastornarla!...

LEON. ¿Entonces sería mejor que no suba para despedirme de ella? Sin embargo, quisiera haberla podido ver...

OBISPO No hubiera yo deseado otra cosa; pero, en verdad, ya sabe usted...

LEON. Sí, lo comprendo. Pues bien; me despedirá usted de ella, y será un nuevo favor que tendré que agradecerle.

OBISPO Lo haré con mucho gusto.

LEON. Y además le dirá usted que Hagbart y Agat...

OBISPO Esté usted segura que haré cuanto posible sea en su obsequio.

LEON. Y ahora, perdóneme usted, monseñor, por haberle molestado de esta manera; pero ha sido bien a pesar mío, créalo usted.

OBISPO ¡Oh, de nada! Mi único sentimiento, señora, es el de no haberla conocido antes.

LEON. No hablemos más del asunto.

CRIADA *(Entrando.)* Esta carta que me dicen entregue a la señora.

LEON. *(Tomándola.)* Gracias. ¿Está abajo el general?

OBISPO *(Sorprendido.)* ¿El general está aquí?

Me he permitido rogarle que viniera a buscarme aquí antes de la salida del barco.

O *(A la criada.)* Diga usted al general que suba. *(Vase la criada.)* ¿Y es el general quien?... *(Deteniéndose.)*

Quien me acompaña, sí. *(Busca algo en la maleta.)* Es mi marido.

O *(Con admiración.)* ¿Pero no estaba usted divorciada?

Sí.

O ¡Oh! Ahora comprendo todo el mal que le he hecho.

(Tristemente.) Sí, sí.

O Pero crea usted firmemente que...

(Entrando. Se presenta en traje de viaje, muy elegante, con aire alegre y digno a la vez.) Ruego a su eminencia que me perdone, pero tenemos los minutos contados. Señora, aquí tiene usted lo que había olvidado. *(Le entrega una carta.)*

¡Oh, sí! Monseñor, ¿quiere usted entregar esta carta a Agat cuando regrese?

O Esté usted tranquila.

Gracias.

A *(Entrando.)* El señor Hagbart acaba de volver. Adiós. Salúdelo usted en mi nombre.

O *(Admirado, a su pesar.)* ¡Oh! Es usted grande y noble, señora. Sólo usted en el mundo es capaz de obrar así.

¡Oh! Eso depende de la manera como se ama, y nada más. Gracias... Adiós.

(El general saluda y ofrece el brazo a Leonarda. Vanse. El obispo los acompaña.)

(Hagbart entra por la derecha, mira a su alrededor, sorprendido de no ver a nadie. Va hacia el fondo y se encuentra con su tío que retorna a escena.)

O ¡Calle! ¿Eres tú?

. *(Muy emocionado, pero con dulzura.)* ¿Lo sabe usted todo, verdad? En seguida que entré me di cuenta de ello; nada más que en la forma en

que me ha hablado... Y también ha visto usted a la abuela y ha conversado con ella.

OBISPO He visto hace poco a la abuela, pero no me ha dicho nada... Además, ¿por qué me preguntas eso? ¿Es que no sabes tú lo mismo que yo que hace tiempo lo había adivinado todo? ¿No he sido yo el primero que te lo ha dicho?

HAGB. Es verdad; pero ahora he llegado al desenlace. La lucha ha terminado.

OBISPO ¡Terminado! Todavía no, Hagbart.

HAGB. Ya lo sé; usted no lo comprende así, pero para mí es la mayor y más hermosa victoria de mi vida; yo amo a Leonarda, ella me ama...

OBISPO Si estuvieras menos excitado, yo te diría...

HAGB. ¡Pero si estoy tranquilo, tío mío! Lo que me pone así es la alegría, la felicidad; y para obtenerla estoy dispuesto a todo esta vez. Si he venido aquí es porque he creído que era mi deber hacerlo... Ahora, ya lo sabe usted. *(Pausa.)* ¿Tanta pena le produce esto, querido tío?

OBISPO Sí.

HAGB. Esté usted seguro de que lo lamento.

OBISPO ¡Hijo mío!

HAGB. Sí, lamento esta injusticia; sufro por ella y por mí. Usted no nos conoce a ninguno de los dos, tío.

OBISPO Vamos, sentémonos y hablemos un poco, Hagbart.

HAGB. Le suplico que no trate de hacerme variar, porque sería todo inútil; mi resolución es firme.

OBISPO Pero cálmate, Hagbart; un poco de calma, y hablemos. *(Se sientan.)* Yo respeto tus sentimientos, hijo mío; ahora ya sé que ella es digna...

HAGB. ¡Cómo! ¿Y es usted quien me lo dice?

OBISPO Escúchame, Hagbart. Yo también he aprendido hoy muchas cosas y reconozco que estaba equivocado al acusar a la señora de Falk.

HAGB. ¿Será posible? ¿Y cómo?...

OBISPO La he juzgado, sin saberlo, con demasiada ligereza; he sido harto severo con ella; me he ocupado demasiado de los demás y no he tenido lo

suficiente de esa caridad que da el valor de todo. Y ha sido ella la que me ha enseñado esto.

HAGB. ¡Oh! ¡Si usted supiese cómo me devuelven la felicidad esas pocas palabras, lo que experimento en mi interior!...

OBISPO Espera, que todavía no he concluído. Si te acuerdas bien, hubo un tiempo en que tú pensabas como yo, un tiempo en que, educado en mis ideas, sentías por ella tal desprecio, que hasta llegaste a insultarla públicamente...

HAGB. *(Con sentimiento.)* ¡Tío mío!...

OBISPO Déjame... Luego, vuelto en ti, asustado de lo que habías hecho, pasaste, por el reverso de las cosas, a un sentimiento completamente opuesto. Aquello fué el principio de tu amor, y si el amor es un crimen, yo, lo confieso ahora, soy tan responsable como tú.

HAGB. ¡Pero si no lo es!

OBISPO Ya lo sé; pero tú lo creías, o más bien veías que lo mirábamos como tal, y esto sólo hizo aumentar tu amor; has tenido razón, Hagbart.

HAGB. ¡Oh, tío mío! ¡Si usted supiese cómo!...

OBISPO ¡Silencio! ¡Cállate! Y esa es la causa de pedirte ahora perdón, Hagbart, por lo que os he hecho sufrir a los dos.

HAGB. *(Arrodillándose.)* ¡Oh! Yo le reverencio y le amo, querido tío, como nunca hasta ahora lo había hecho.

OBISPO *(Alzándole del suelo.)* ¡¡Hagbart!! *(Le tiende los brazos y Hagbart se arroja en ellos.)*

HAGB ¡Tío mío! *(Pausa.)*

OBISPO Hagbart, ¿te consideras con fuerzas para resistir?...

HAGB. Todo.

OBISPO Ahora has dicho una gran palabra: «todo»; eso quiere decir a veces «todos los sacrificios».

ABUEL. *(Entrando.)* He oído tu voz y...

HAGB. ¡Abuela! *(Ambos se precipitan hacia ella.)* ¡Si supieses lo dichoso que soy ahora!

ABUEL. ¿Dices la verdad?

OBISPO Pero usted no debía bajar así, completamente sola, abuela.

ABUEL. ¿Qué quieres? He oído la voz de Hagbart y me he dicho: «¡Oh! Alguna cosa debe tener!», y entonces he bajado.

HAGB. Pues todo marcha bien, abuela. Mi tío accede a todo; mejor todavía, mi tío lo arregla todo. ¡Oh! ¡Qué dicha! ¡Si supieras! Mira, si no estuvieras tan vieja, abuela, nos pondríamos a bailar los dos.

ABUEL. Vamos, vamos, ten calma. *(Se sienta.)* Y veamos, ¿qué hay? Cuéntame.

HAGB. ¿Qué hay? Nada nuevo; lo que te he dicho hace poco; y ahora todo ha terminado.

OBISPO *(Con gravedad.)* No, Hagbart, no ha terminado todo.

HAGB. ¡Cómo! ¿Por qué te pones tan grave para decirme eso? ¡Parece que estás emocionado, tío! *(Se oye el ruido de un carruaje que se detiene en la puerta.)*

OBISPO Espera un poco. *(Vase por el fondo.)*

HAGB. Abuela, ¿qué puede ser esto?

ABUEL. No lo sé; ¡pero la felicidad es tan corta de ordinario!...

HAGB. ¡Tan corta! ¡Oh! ¿Por qué me dices eso? ¿Es que sabes algo tú? Abuela, te lo suplico, no me dejes sufrir así; si lo sabes, dímelo...

ABUEL. ¿Yo? ¡Oh! No sé nada, te lo juro; únicamente...

HAGB. ¿Unicamente qué?

ABUEL. Unicamente han anunciado a la señora de Falk cuando tu tío estaba arriba conmigo.

HAGB. ¿Leonarda aquí? ¿Hace poco?

ABUEL. Acaba de salir.

HAGB. Entonces hay algo, seguramente. ¡Dios mío! ¡Si sería ella la que!... *(Va a salir. Se abre la puerta y entra el obispo conduciendo de la mano a Agat.)* ¡Agat! ¿Tú aquí?

AGAT ¡Hagbart! *(Con ansiedad.)* ¿Está aquí mi tía?

CORN. *(Que ha entrado detrás de su hermano.)* ¡Pero abuela!...

OBISPO Querida niña, ella me ha encargado que le entregase esta carta...

HAGB. ¿Una carta?

ABUEL. ¿Qué es eso? Veamos. *(Cornelia se interpone entre su silla y los demás personajes.)*

HAGB. ¡Lee pronto, Agat!

AGAT *(Abre la carta con mano nerviosa y lee.)* «Hija querida: Cuando recibas esta carta..., habré... partido. ¡Oh! Yo amo al que...» *(Lanza un grito y cae, sosteniéndola el obispo antes de llegar al suelo.)*

ABUEL. ¡Se ha marchado!

CORN. *(Aparte.)* Ama al que... *(Volviéndose.)* ¡Dios mío! ¡Hagbart!

OBISPO ¡Cornelia! *(Esta se precipita hacia el obispo y le ayuda a sostener a Agat. El obispo se vuelve.)* ¡Hagbart! *(Hagbart cae en sus brazos. Pausa.)* Valor, valor, hijo mío. *(Pausa.)*

ABUEL. *(Levantándose.)* ¡Oh! ¡Ya ha vuelto el tiempo de los nobles sentimientos!

FIN

¡TIGRIS!

Nombre trágico, impresionante, sugeridor de las más increíbles
asombrosas hazañas, de los más inauditos episodios, cuyo so
nido hace temblar de angustia, de piedad, de amor...

¡TIGR

¿... ¿es una novela? ¿No se trata de aventuras verídicas
ma, de una revelación inesperada, de algo cierto y no imag

¡TIGRIS! ¡TIGRIS! ¡TIGRIS

Su autor, el famosísimo maestro del género,

MARCEL ALLAIN

que llegó a las cumbres de la popularidad con su celebérrim

FANTOMAS

se ha superado a sí mismo al escribir

¡TIGRIS!

obra de realidad, de audacia, palpitante de pasión, de vida,
riosa, incomparable, cuyos derechos de traducción exclusiva y
castellano ha adquirido PRENSA MODERNA, que tiene ya en
de publicación los 25 VOLÚMENES de que se compondrá la obra
pleta, a razón de uno cada quince días y al precio inverosím

¡UNA PESETA! ¿Cuándo se ha ofrecido al público nada
rato en libros de 200 páginas, cuidadosa
editados y de un autor de tanto renombre y prestigio?

Lector: acuérdate de **¡TIGRIS!**

Te hará reír, te hará llorar, te crispará los
nervios, te emocionará, te conmoverá, te conquis

¡TIGRIS! El héroe a quien se odia..
¡TIGRIS! El héroe a quien se ama.

PM